UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
MENCIÓN PERIODISMO
TRABAJO DE GRADO

OCUPANTES SÚBITOS

Reportaje sobre el proceso evolutivo de invasiones en Caracas

Tesistas

Mariana BERNÁRDEZ SARRÍA
Y
Juan Andrés SOTO GUARDIA

Tutora

Elizabeth Araujo

Caracas, septiembre de 2011

A nuestros padres.

AGRADECIMIENTOS

A los *ocupantes súbitos*, por dedicarnos su tiempo y compartir sus vidas.

A Teolinda Bolívar y su equipo por trabajar para hacer ciudad.

A Acianela Montes de Oca, por encaminarnos.

A Elizabeth Araujo por querer nuestras historias, y creer siempre.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN 6

II. MÉTODO 8

Presentación de la investigación 8
Tipo de investigación 10
Formulación y justificación 12
Hipótesis 14
Pregunta de investigación 14
Objetivo general 14
Objetivos específicos 14
Delimitación 15
Público lector meta 16
Limitaciones y logros 16
Proceso de realización del reportaje 17
Investigación hemerográfica y documental 17
Entrevistas y observación 18
Tabla de fuentes vivas 19
Escritura del reportaje 20
Estructura del reportaje 21
Capítulo I: Vivir al margen 21
Capítulo II: Tesón en los matorrales 22
Capítulo III: Villa (des) Esperanza 22
Capítulo IV: El barrio que no es barrio 22

III. REPORTAJE 24

CAPÍTULO I. VIVIR AL MARGEN 25
A la espera de una intervención divina 26
Las montañas de bloques naranja 27
Vivir en el barrio 29
Del campo a la ciudad 30
Hacer visible lo invisible 32
Estado intervencionista 34
El mito de la carencia 36
La vivienda como bandera 38
Nuevas promesas, viejas costumbres 40
Otra ola de invasiones 41
Hacedores de ciudad 42
CAPÍTULO II. TESÓN EN LOS MATORRALES 44
INVASIÓN EL NARANJAL 3, COTA 905, CARACAS 44
Lluviamentazón en la Cota 905 45

Invasores de muchos tiempos *51*
De las cifras rojas a El Naranjal 3 ..... *61*
CAPÍTULO III: VILLA (DES) ESPERANZA 65
El corazón de la villa *66*
De Los Agravios a la nueva villa *76*
Penurias habituales *81*
Tablas de madera y láminas de zinc *83*
Zona de galpones *86*
Entre las negras y las blancas *86*
"Dios bendiga este hogar" *87*
CAPÍTULO IV: EL BARRIO QUE NO ES BARRIO 95
Calle principal de El Carmen, Barrio Unión, Petare. *95*
El Sacudón *96*
El Regreso *98*
El Carmen urbano *103*
Trabajo comunitario: mejorando la calidad de vida *109*
De El Matadero a El Carmen *113*
IV. FUENTES DE INFORMACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA 118
Libros *118*
Informes *121*
Fuentes electrónicas *121*

I. INTRODUCCIÓN

Desde la primera mitad del siglo XX familias venezolanas vinieron a Caracas en búsqueda de nuevas oportunidades, pero no entraron al mercado laboral y comenzaron a construir en las partes bajas de las montañas de Caracas. En la medida que se fueron edificando zonas urbanizadas el valle también se colmó de asentamientos informales. Caracas se convirtió en una ciudad-barrio, una metrópoli auto-construida por sus habitantes.

El problema de la vivienda en Venezuela saltó a la palestra pública después de que el presidente Hugo Chávez anunciara el lanzamiento de la "Gran Misión Vivienda Venezuela". Expertos y políticos hablan del tema, pero no se escucha la voz de la mayoría de los protagonistas que construyen ciudad en condiciones de pobreza: los invasores.

El presente trabajo de grado se platea como un reportaje interpretativo sobre la evolución de invasiones en Caracas a través de tres casos. Próximo a esta introducción el lector encontrará el planteamiento metodológico, en el cual se manifiesta el proceso para elaborar el texto.

El trabajo está estructurado en cuatro capítulos. En el primer capítulo se presenta el entorno del problema de la vivienda en Venezuela. Entre los temas tratados están el surgimiento y expansión de las barriadas urbanas, la vida en el barrio, desde las acciones iniciales del Estado hasta la profundización de un modelo intervencionista, el mito del déficit habitacional, la vivienda como nueva bandera del presidente Hugo Chávez, la reciente ola de invasiones y Caracas auto-producida por sus habitantes. Después del capítulo contextual arranca el proceso evolutivo de una invasión a través de tres casos.

En un primer momento los invasores se asientan en un terreno vacío con precarias viviendas constituidas con madera y techos de zinc. Si la Guardia Nacional no los desaloja, comienzan a desmalezar la tierra, construir viviendas más sólidas con bloques de ladrillo y cemento, y a improvisar vías de acceso. Asimismo, buscan una manera periódica de conseguir agua potable que va siendo recolectada en bidones. A

nivel político, comienzan a organizarse —siendo el primer paso la elección de un nombre para la comunidad— con miras a establecer un consejo comunal para ser reconocidos por las autoridades. La invasión del segundo capítulo del trabajo corresponde a una invasión con estas características.

La segunda fase de una invasión, descrita en el tercer capítulo, se diferencia de la primera principalmente porque los habitantes comienzan a hacer casas más sólidas —de platabanda, bloques y cemento— y porque adquieren cierto reconocimiento de las autoridades. Constituyen bien sea un consejo comunal o una cooperativa, piden formalmente al ente encargado o bien la instalación de tuberías de aguas blancas y negras o los materiales para ellos mismos hacer la instalación, hacen la petición del asfaltado de calles —aunque en esta fase no la consiguen— y, nominalmente, dejan de ser llamados invasión: las llaman bien o por el nombre que ellos mismos escogieron o por la palabra "sector" seguida de ese nombre. Este es el caso de la invasión tratada en el tercer capítulo.

Luego de ser reconocidos como sector o comunidad, contar con servicio de aguas servidas y potable (aunque no necesariamente sea periódico), servicio eléctrico y haber sido reconocidos políticamente con la figura de la cooperativa o del consejo comunal, las invasiones dan sus pasos finales hasta convertirse en barrios: los habitantes consiguen el asfaltado de sus calles, crece la cantidad de familias y de viviendas en el sector, los habitantes comienzan a obtener títulos de propiedad de las tierras que alguna vez invadieron, surgen formas de transporte (bien sea vecinos que prestan el servicio de las llamadas *camioneticas* y *mototaxis* o con la inclusión del lugar en las rutas ya establecidas de transporte público), se cuenta con abastos pequeños, licorerías y otros negocios y, por lo general, hay acceso a guarderías y escuelas de educación básica y diversificada, lugares de atención médica —primaria y/o secundaria casi exclusivamente— (Barrio Adentro, CDI o ambulatorio municipal) y se consigue ser parte de la ciudad activamente y no solo por el mero hecho de existir.

II. MÉTODO

Presentación de la investigación

El presente trabajo es un reportaje interpretativo sobre el proceso de evolución de invasiones hasta convertirse en barrios en Caracas a través de tres casos de estudio. El mismo es presentado como Trabajo de Grado para obtener el título de Licenciados en Comunicación Social.

En el libro *Escribir en prensa*, José Benavides y Carlos Quintero aseguran que un reportaje interpretativo es un género periodístico que afronta "el porqué y el cómo de un asunto, acontecimiento o fenómeno de interés general con el propósito de situarlo en un contexto simbólico-social amplio" (2004: 223).

Tomando esta definición, la intención de *Ocupantes súbitos* es justamente retratar cómo evoluciona una invasión en Caracas hasta convertirse en un barrio para así aproximar al lector al fenómeno social de las invasiones, las cuales han sido una manera de hacer ciudad frente a la crisis habitacional en Venezuela desde principios del siglo XX hasta la actualidad.

Enrique Castejón Lara (1992), en el libro *La verdad condicionada,* hace referencia al profesor Federico Álvarez, quien solía referirse al reportaje como el género ensalada porque reúne y fusiona géneros como la reseña, la encuesta, la entrevista, la noticia y la crónica. El reportaje *Ocupantes súbitos* pretende combinar fuentes documentales y técnicas de análisis cualitativo —observación no participante, entrevistas en profundidad y lectura de documentos— para así escribir un texto con datos, testimonios y crónicas, usando una narración atractiva propia de la literatura de no ficción.

Benavides y Quintero distinguen dos tipos de reportaje: el general y el testimonial. *Ocupantes súbitos* es un reportaje testimonial, porque construye la evolución de invasiones a través de los testimonios de sus habitantes.

> El reportaje testimonial es menos común, pero alcanza grandes vuelos cuando la capacidad de observación y el análisis del reportero son destacadas. (…) En el reportaje testimonial, el reportero es protagonista, pero no es el único que interpreta los hechos, también se incluyen otros puntos de vista, material documental de apoyo y entrevistas con otros actores (Benavides y Quintero, 2004: 226).

Tomando en cuenta la clasificación de modalidades de Trabajo Especial de Grado de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello, esta investigación se enmarca dentro de la Modalidad II: Periodismo de Investigación, que consiste en "una indagación *in* extenso que conduce a la interpretación de fenómenos ya ocurridos o en pleno desarrollo utilizando métodos periodísticos. Sus características dependerán del tema, enfoque y género elegidos".

De esta modalidad deriva la Submodalidad 1 utilizada en este trabajo: el Reportaje Interpretativo. Según la Escuela, este tipo de reportaje "es el abordaje profundo, desde el punto de vista del periodismo interpretativo, de un tema o acontecimiento de interés social, de actualidad nacional o internacional".

Para Castejón Lara, en el Periodismo Interpretativo se intenta analizar, explicar y, fundamentalmente, buscar la verdad y el real significado de lo ocurrido (1992: 28).

Por su parte, el periodista cubano Eduardo Ulibarri en el libro *Idea y vida del reportaje* señala que las interpretaciones están muy vinculadas a las ideas y los conceptos se ofrecen de los hechos, situaciones o personas. Asimismo, el ex director del periódico costarricense *La Nación* también aclara lo siguiente sobre la interpretación del reportero:

> Aquí no cabe nuestro interés por determinar las causas de—, sino los factores que han propiciado que un fenómeno ocurra de determinada manera y no de otra; ya no contar en el orden en que sucedieron los hechos, sino establecer la relación de dependencia de unos respectos a los otros, la causalidad de un fenómeno (...). En otro ámbito de interpretación, también podemos estimar necesario concentrarnos en los significados de un fenómeno (2004: 137).

A la hora de interpretar el periodista hace uso de documentos y entrevistas que le permiten encontrar argumentos y explicaciones vitales para comprender el

fenómeno social. Para realizar *Ocupantes súbitos*, se consultaron no solo investigaciones documentales del tema de la vivienda sino también se entrevistó, principalmente, a habitantes de invasiones, expertos en el tema y autoridades.

El cometido del trabajo es mostrar el proceso de conformación de un barrio —que es la aspiración de las invasiones en terrenos vacíos— a través de algunos personajes involucrados en procesos de autoproducción de sus hogares en condiciones de precariedad, conocer sus vivencias, organización y gestión de contingencias.

Tipo de investigación

Por sus características la investigación a realizar es cualitativa, la cual consiste en un proceso dinámico que une problemas, teorías y métodos. Dentro de la investigación cualitativa, aquella empleada para *Ocupantes súbitos* es esencialmente exploratoria y descriptiva. Según el texto *Metodología de la investigación* de Roberto Hernández, Carlos Fernández y Pilar Baptista, los estudios exploratorios se realizan cuando el objetivo es examinar un tema o problema de investigación poco estudiado, del cual se tienen muchas dudas o no se ha abordado antes (2006: 100).

A pesar de que los diarios de circulación nacional han publicado información sobre el tema de la vivienda en Venezuela se considera que no ha sido tratado en profundidad. La inmediatez en la industria de la información no ha permitido un abordaje exhaustivo que permita el desarrollo de un trabajo periodístico de largo aliento. Para poder realizar una exploración de la realidad social, tal como lo pretende este trabajo, es necesario utilizar las tres técnicas de la investigación cualitativa: la observación no participante, la entrevista y el uso de documentos.

Tal como lo señala Piergiorgio Corbetta en *Metodología y técnica de investigación social,* estas técnicas remiten en un primer acercamiento a las tres acciones básicas que el hombre pone en práctica para analizar su entorno: observar, preguntar y leer.

En esta investigación, cuando se habla de observación nos referimos a la no participativa. Según Felipe Pardinas en el libro *Metodología y técnicas de*

investigación en ciencias sociales, la observación no participante es aquella en la que el investigador extrae sus datos pero sin una participación en los acontecimientos de la vida del grupo que se estudia (2005: 109).

Retomando a Piergiorgio Corbetta, en la entrevista el investigador recoge los comportamientos y motivaciones del actuar a través de la descripción que dan de ello los sujetos, que son interrogados sobre sus propias experiencias, sentimientos y opiniones. Y, por último, el empleo de los documentos consiste en analizar una determinada realidad social a partir del material que la sociedad misma ha producido (2003: 322).

Por otro lado, para Hernández, Fernández y Baptista, "los estudios descriptivos buscan especificar las propiedades, las características y los perfiles de las personas, grupos, comunidades, procesos, objetos o cualquier otro fenómeno que se someta a un análisis" (2006: 102).

Igualmente, la investigadora Jacqueline Hurtado de Barrera en el libro *Metodología de la investigación holística* asegura que la investigación descriptiva se encarga de la descripción o caracterización del evento de estudio dentro de un contexto particular (2000: 223). Hernández, Fernández y Baptista explican que en un estudio descriptivo se selecciona una serie de cuestiones y se mide o recolecta información sobre cada una de ellas, para así describir lo que se investiga. En el caso de *Ocupantes súbitos*, lo investigado es la evolución de las invasiones especialmente a través de los testimonios de quienes, por una u otra razón, han ocupado espacios privados de manera ilegal.

Se comprende, entonces, que el abordaje de esta investigación parte de las características de investigación del paradigma cualitativo. Sobre él la investigadora Rut Vieytes en el texto *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad* destaca lo siguiente:

> El planteo que caracteriza a la investigación cualitativa es su intención de entender los acontecimientos, acciones, normas, valores, etc., desde la perspectiva de los propios sujetos que los producen y experimentan. El investigador se pregunta qué piensa realmente la gente sobre esta situación concreta, cómo vive o experimenta un cambio en sus hábitos y costumbres, cómo se siente ante los hechos de su entorno,

> cuáles son las imágenes que subyacen a sus elecciones y qué temores o expectativas le generan las trasformaciones en su realidad cotidiana (Vieytes, 2004).

A su vez, la investigadora Gloria Pérez Serrano en el texto *Investigación cualitativa. Retos e interrogantes* sostiene que el enfoque cualitativo pretende "ofrecer profundidad, a la vez que el detalle, mediante una descripción y registros cuidadosos (…) con el fin de conseguir una coherencia lógica en el suceder de los hechos que están necesariamente contextualizados y en el contexto adquieren su pleno significado (1994: 32).

Formulación y justificación

Ocupantes súbitos es un reportaje interpretativo porque pretende dar con el porqué del surgimiento y consolidación de invasiones, cómo es la vida de los invasores antes y durante la invasión y cuáles han sido los alcances de las políticas públicas en materia de vivienda. En los diarios tradicionales del país este tema suele tratarse de modo superficial, pero haría falta que la sociedad venezolana tuviera más información para poder comprender uno de los grandes problemas sociales del país.

Esta investigación es importante para la sociedad venezolana no solo por la descripción de la realidad que pretende dar a conocer, sino porque el tema de la vivienda se encuentra entre las prioridades de autoridades y medios de comunicación social por ser una de las principales preocupaciones de los venezolanos. Según la arquitecto y urbanista Josefina Baldó, aproximadamente el 50% de la población vive en barrios y, si tomamos en cuenta que antes de consolidarse los barrios fueron invasiones, las invasiones entonces representan una alternativa habitacional —lejos de la ideal— a la que recurren muchas personas en Venezuela.

Las lluvias de noviembre y diciembre del año pasado, según cifras del ministro de Defensa Carlos Mata, dejaron a más de 100.000 personas damnificadas en el territorio nacional. Muchas de esas personas, temporalmente ubicadas en refugios, vivían en sectores o bien poco urbanizados o sin urbanización, sobre terrenos de alto riesgo, en invasiones.

Desde ese momento el tema de la vivienda saltó a la palestra pública. A principios de este año, el presidente Hugo Chávez informó el lanzamiento de la "Gran Misión Vivienda Venezuela", un plan que propone construir 150.000 viviendas en el año 2011 e incrementar el promedio anual de construcción hasta conseguir 2 millones en el 2017.

Tomando en cuenta que, según el Instituto Nacoinal de Estadística (INE), el déficit habitacional actual es de 2 millones 500 mil viviendas y que anualmente este se incrementa en 200.000 viviendas al año, de lograrse a cabalidad esta misión y suponiendo que tanto la población como el déficit continúen creciendo a la misma velocidad que en los últimos años, para el año 2017 harán falta 1.600.000 viviendas. En este contexto, las invasiones podrían seguir siendo una vía de escape para los sectores de la población venezolana que no cuentan con los medios para acceder al mercado habitacional formal, a pesar de que el artículo 82 de la Constitución establece que el Estado dará prioridad a las familias de escasos recursos y garantizará los medios para que éstas puedan acceder a las políticas sociales y de crédito para la construcción.

Según el artículo 55, el Estado debe proteger a los propietarios de terrenos invadidos y, paradójicamente, la mayoría de las veces este propietario es el mismo Estado. Se ha visto que la Guardia Nacional Bolivariana desaloja terrenos invadidos, pero muchas veces también hace caso omiso a la ley porque reconoce a los invasores como víctimas de la pobreza y de la falta de políticas públicas eficaces en materia de vivienda, más que como criminales.

Para el investigador Alfredo Cilento, las invasiones son un fenómeno social que ha existido desde hace varias décadas en Venezuela, especialmente luego del crecimiento urbano acelerado en la zona noroccidental del país. Asimismo, es un problema que lejos de solventarse ha venido acrecentándose al pasar del tiempo.

Con respecto a esta investigación, hay dos consideraciones principales que se deben tomar en cuenta: por un lado se considera que es responsabilidad del periodista dar a conocer este tipo de realidades tanto para hacer una denuncia como para ayudar a construir una conciencia social; por el otro, se han hecho numerosas investigaciones sociológicas y antropológicas del tema, pero el abordaje periodístico en esta materia no ha sido lo suficientemente exhaustivo.

En este sentido, se pretende llevar a cabo el trabajo tanto para motivar la acción hacia la solución de los problemas que llevan a los invasores a iniciar los llamados cinturones de miseria, como para plasmar la situación no solo desde el punto de vista académico formal sino también desde el punto de vista de los sujetos principales de este fenómeno.

Hipótesis

Los barrios son el resultado de la evolución de las invasiones.

Pregunta de investigación

¿Cómo es el proceso de evolución de invasiones hasta consolidarse en barrios en el Distrito Capital?

Objetivo general

Realizar un reportaje interpretativo sobre el proceso evolutivo de invasiones de Caracas a través de tres casos.

Objetivos específicos

1. Identificar el contexto, hechos y circunstancias que han propiciado invasiones en Caracas entrevistando a personas implicadas en invasiones y a expertos en el tema de la vivienda.
2. Conocer la cotidianidad en las invasiones seleccionadas.
3. Describir la realidad social en la que se desenvuelven los invasores de Caracas.
4. Clasificar los asentamientos según la morfología de diez clases acuñada por la investigadora y arquitecta Teolinda Bolívar.

Delimitación

Ocupantes súbitos pretende retratar el proceso evolutivo de una invasión hasta consolidarse como barrio través de tres casos. Para lograrlo se seleccionó de manera intencional una invasión reciente, una invasión en vías de convertirse en barrio, y un barrio, todos originados en terrenos. Se pretende mostrar el proceso evolutivo de una invasión en su fase inicial, después en desarrollo y, finalmente, la consolidación como barrio.

Las dos invasiones y el barrio seleccionados se encuentran ubicados en Caracas: una invasión está en la parroquia El Paraíso del municipio Libertador y lleva 3 años; otra está situada en la parroquia Caucagüita del municipio Sucre y tiene 6 años, y el sector El Carmen, en el Barrio Unión de Petare, que tiene 70 años.

A pesar de que la selección es intencional para describir cada fase de una invasión, se decidió que los tres casos deberían contar con la mayor cantidad de características similares, comenzando por su inicio en la toma de terrenos.

Se hace referencia a los años porque si se pretende dar cuenta del proceso evolutivo de una invasión hasta consolidarse como barrio, es necesario seleccionar una escala. Sin embargo, es importante tomar en cuenta que a pesar de que el tiempo es un factor en la evolución, no es el único que incide en la velocidad en que se conforman los barrios. Parafraseando a la arquitecta Teolinda Bolívar (2011) en su último libro titulado *Desde adentro: viviendo la construcción de las ciudades con su gente*, las características morfológicas adquiridas con el paso de los años por las unidades habitacionales (…) se pueden agrupar en lo que respecta a la ocupación del suelo de las parcelas y números de pisos que presentan (p. 122). Es decir, estos conjuntos de viviendas pueden ser clasificadas por su desarrollo.

La profesora Bolívar propone un recurso para simplificar una realidad compleja formada por los barrios del área metropolitana de Caracas. Establece una tipología de diez clases para clasificar grupos homogéneos en asentamientos informales. Cada uno de los casos seleccionados será clasificado según la tipología

propuesta por Teolinda Bolívar. Estas tipologías van desde un asentamiento aislado hasta un barrio consolidado, y según la clasificación la invasión.

La invasión El Naranjal 3 ubicada en la Cota 905, municipio Libertador, es de tipo C-1: un área potencialmente ocupable, que surge como ampliación de otro barrio ya constituido, servido por electricidad, acueductos, y posibilidad de acceso por vía vehicular cercana en la que circula transporte público.

Villa Esperanza, invasión ubicada en la parroquia Caucagüita, municipio Sucre se puede clasificar como C-4 por el macizado —cavidad que se rellena para dar solidez— en primera fase. Son agrupaciones de viviendas adosadas y donde predominan las de un piso. Este tipo de construcciones suelen tener hileras de casas, sin casi separación entre ellas.

El sector El Carmen, en el Barrio Unión de Petare, puede ser clasificado como C-10 por el macizado de máxima proporción de ocupación y las áreas de construcción adosadas con tres o más pisos.

Público lector meta

Público general. El formato que adoptará es el de un libro.

Limitaciones y logros

La principal restricción del trabajo reside en las dificultades que se presentan al momento de entrar a una invasión. Inicialmente esta investigación pretendió retratar la invasión de la Torre Confinanzas, la tercera edificación más alta del país, pero después de varias conversaciones con los coordinadores de la cooperativa allí establecida, el supervisor de vigilancia y el líder de la asociación, no se logró obtener la autorización para frecuentar el edificio durante tres meses.

Posteriormente, se trató de contactar a algunos habitantes de invasiones recientes y fue muy difícil acceder por la resistencia que presentaron al momento de dar a conocer sus modos de vida. Asimismo, la larga distancia entre las invasiones seleccionadas dificultó el traslado de una a otra durante un día.

Entre los logros se puede mencionar el hecho de haber retratado la vida de venezolanos que en condiciones de pobreza han construido mayor cantidad de hogares que los gobiernos y las empresas privadas, venezolanos que también forman —o intentan formar— parte de la ciudad. Asimismo, el presente trabajo permite al lector aproximarse a una realidad que si bien está enmarcada en la tipología de la profesora Teolinda Bolívar, presenta la novedad de hacerlo, por un lado, desde un punto de vista periodístico y no exclusivamente académico urbanístico; por el otro, desde el punto de vista de quienes viven el fenómeno y no solo de quien lo observa.

Tras realizar la investigación, se notó una tendencia por parte de quienes escriben sobre el tema a mitificar la vida de los invasores y habitantes de barrios. Es también un logro de este trabajo el dar cuenta de que muchos de los prejuicios reforzados los medios no son tales.

Proceso de realización del reportaje

Investigación hemerográfica y documental

El punto de partida surgió el 30 de abril de 2011, cuando el presidente Hugo Chávez en cadena de radio y televisión lanzó la "Gran Misión Vivienda Venezuela". Se revisaron algunos periódicos de circulación nacional para conocer las posiciones de los expertos en el tema habitacional en Venezuela.

Revisar la prensa fue valioso inicialmente, pero después se notó que el tema se trataba exclusivamente desde la perspectiva de los expertos y autoridades, sin tomar en cuenta a los protagonistas de las invasiones.

Se buscó información sobre los lugares específicos de invasiones y se encontró que las invasiones se han multiplicado en Caracas con gran celeridad en los últimos 7 años, tanto en el caso de inmuebles como el de terrenos. A pesar de que no existen cifras, es común localizarlas cerca de barriadas consolidadas, terrenos baldíos o edificios abandonados o en construcción.

A través de los expertos se logró comprender la complejidad del asunto de la vivienda en Venezuela y de la auto-producción de barrios en Caracas. Se visitó el

Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (Iies) de la Universidad Católica Andrés Bello (Ucab), el Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (Idec) y en Centro Ciudades de la Gente en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela (UCV), la alcaldía del Área Metropolitana de Caracas y la alcaldía del municipio Sucre.

De las instituciones públicas o académicas se recopiló información específica sobre el tema de la vivienda y la producción de barrios en Caracas. Cada uno de los libros o autores mencionados a lo largo del texto estarán en la bibliografía.

Finalmente, en la investigación documental se recurrió a reportajes de agencias internacionales y artículos sobre el tema en Venezuela. Algunos trabajos presentan la riqueza de las fuentes consultadas y profundidad en el tema.

Entrevistas y observación

La entrevista es la principal herramienta del periodista para recabar historias a través de sus protagonistas. En cada uno de los asentamientos visitados se encontró a personas con experiencias de precariedad muy fuertes, testimonios que son desconocidos, pero significativos en el tema tratado. Cada una de las personas, especialmente los *ocupantes súbitos*, representó un gran aporte en la investigación.

La mayoría de las fuentes vivas fueron invasores y habitantes de barrios. No obstante, para contrastar su experiencia con las posturas del tema de la vivienda en Venezuela y enmarcarla en un contexto más amplio, se conversó con expertos que estudian el tema y autoridades de las instituciones públicas encargadas —actualmente o en el pasado— de atender precisamente a esa población.

A su vez la técnica de la observación directa se aplicó especialmente al visitar los asentamientos informales. La investigadora Gloria Pérez resalta que "la observación, por principio, es susceptible de ser aplicada a cualquier conducta o situación. Pero una observación indiscriminada perdería interés si no se selecciona un objeto o un tema a observar" (1994: 23). El periodista debe ser muy cuidadoso durante la investigación para brindar detalles significativos que den cuanta del personaje, entorno y hecho estudiado.

Tabla de fuentes vivas

FUENTES VIVAS						
Apellido y nombre	**¿Por qué?**	**Participante**	**Autoridad**	**Familiar**	**Testigo**	**Experto**
Bolívar, Teolinda	Investigadora y directora del Centro Ciudades de la Gente de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela	X			X	X
Bolívar, Zulma	Zulma Bolívar, gerente de la Gestión para la Ciudad de la alcaldía del Área Metropolitana de Caracas		X			X
Briceño-León, Roberto	Director del Observatorio Venezolano de Violencia					X
Cadamo, Gladis	Damnificada	X			X	
Campos, Gabriela	Invasora y refugiada	X			X	
Castillo, Jesucita	Habitante de El Carmen (Barrio Unión)					
Castillo, Juan Francisco	Invasor	X			X	
Cilento, Alfredo	Urbanista				X	X
Díaz, Betty	Habitante del Barrio Unión y líder comunitaria				X	
España, Luis Pedro	Sociólogo					X
Estremodro, Estela	Invasora	X			X	
Freites, Anitza	Director del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Ucab					X
Fierro, Omar	Presidente del Instituto Autónomo Municipal de Deporte y Recreación (Iamder)		X			
García, José Luis	Invasor	X		X	X	
García, Mery	Invasora	X		X	X	
García, Olga	Invasora	X		X	X	
Giménez, Mariana	Primera dama de la alcaldía del municipio Sucre		X			
Gladys	Invasora	X			X	
González, Betty	Invasora	X			X	

Izaguirre, Gustavo	Director de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela					X
López, Adolfo	Invasor y refugiado	X			X	
Machado, Francisco	Comerciante de El Carmen (Barrio Unión)					
Martínez, Jessica	Invasora	X			X	
Molina, Ricardo	Misnistro de Vivienda y Hábitat		X			
Monagas, Johana	Invasora	X			X	
Mujica, Juan	Comerciante de El Carmen (Barrio Unión)					
Narváez, José	Invasor	X			X	
Ocariz, Carlos	Alcalde del municipio Sucre		X			
Pérez Serrano, Juan	Habitante y comerciante de El Carmen					
Provenzali, Leopoldo	Arquitecto y ex secretario de Planificación Urbana de la alcaldía de Caracas					X
Rodríguez, Víctor	Presidente del Instituto Municipal de Vivienda y Hábitat (Invih) del Municipio Sucre		X			
Rondón, Ana	Invasora	X			X	
Salinas, Verónica	Invasora	X			X	
Torres, Iván	Invasor	X			X	
Urruchurtu, Marco	Habitante de El Carmen (Barrio Unión)					
Vázquez, Lainer	Invasor	X			X	
Yépez, Gabriela	Habitante del barrio El Naranjal 2	X		X	X	

Escritura del reportaje

Una vez conocido el tema a través de material hemerográfico y bibliográfico se procedió a la redacción de la primera parte del reportaje. Posteriormente, se logró entrar a las invasiones y barrios donde se entrevistó a gran cantidad de personas para así construir un texto rico en narrativa periodística.

La inclusión de la crónica fue esencial para lograr un texto con gusto y que enganche al lector. Como dice Earle Herrera (1991) en el libro *La magia de la crónica,* en este género "se cuenta el contenido, la historia, la anécdota, pero es esa

atmósfera de suspenso y poesía, de nostalgia o humor que crea el cronista en torno a los hechos lo que motiva al lector y lo hace perdurable cada instante captado" (1991: 57).

Cada uno de los capítulos desarrolla un tema concreto del reportaje como un nailon que atraviesa los orificios de las perlas para conformar un collar. En *Ocupantes súbitos* cada uno de los capítulos enlaza la problemática de las invasiones, pero sobre todo de las vidas de sus protagonistas.

Es importante resaltar que se decidió prescindir de las normas de la *American Psychological Association* (APA) en la parte interna del reportaje, porque interrumpe la narración. En ese caso, se hará referencia al autor o la publicación de la cual se extrajo la información y en la bibliografía se encontrará la fuente utilizada.

Estructura del reportaje

Capítulo I: Vivir al margen

El reportaje inicia con la historia de Gladis Cadamo, una señora que ha sido invasora, constructora y ahora está damnificada. Posteriormente se hace referencia al contexto social en materia de vivienda y entre los temas se encuentran el origen de las barridas en Caracas, la vida en éstas, las políticas públicas ante el surgimiento de los barrios, la intervención del Estado y el "mito" del déficit de vivienda que apuntan algunos expertos.

Asimismo, se hace referencia a la nueva "Gran Misión Vivienda Venezuela" del Gobierno venezolano, la nueva oleada de invasiones, el proceso de la auto-producción de viviendas en Caracas y se retoma la vida de Gladis.

Con este capítulo se pretende que el lector se familiarice con el tema de las invasiones para entender por un lado por qué el problema de la vivienda en el país continúa luego de tantas décadas —no es un problema exclusivamente cuantitativo sino también cualitativo— y por otro, para que se aproxime más asertivamente a las experiencias de quienes viven el problema —relatadas en los capítulos siguientes.

Capítulo II: Tesón en los matorrales

Este apartado tiene como punto de partida la ambientación de un rancho abandonado en la invasión El Naranjal 3, en la Cota 905, que se originó hace 3 años. El Naranjal 3 es uno de los nuevos sectores del barrio El Naranjal del municipio Libertador. La narración se va alternando con diálogos de las personas que continúan viviendo allí a pesar de los deslizamientos ocasionados por las lluvias de noviembre del año pasado.

No solo hablan los invasores iniciales, sino también los que han llegado después. Ante la falta de vivienda, han transformado tarantines de madera y zinc en hogares que, a veces, cuentan con algunos servicios. Entre los temas desarrollados por los habitantes están la organización, el sentido de comunidad y las dificultades de la zona.

Capítulo III: Villa (des) Esperanza

Se trata de la invasión conocida como Villa Esperanza en la parroquia Caucagüita del municipio Sucre. Comenzó hace 6 años cuando un grupo de habitantes de una zona aledaña derrumbada decidieron construir alrededor de una cancha que algunos muchachos de la zona habían desmalezado para jugar fútbol.

Villa Esperanza es una invasión a la que no llega el transporte público, no hay escuelas ni ambulatorios, pero en la que docenas de familias decidieron levantar sus ranchos y ahora algunos están cambiando la madera por bloques, el consejo comunal logró el asfaltado de la vía principal, hay una red de tuberías de aguas blancas y negras, y donde los habitantes viven con la esperanza de convertirse en un barrio.

En la medida en que se van presentando los protagonistas, se desarrolla algún tema común a varios habitantes de la invasión en vías de consolidación.

Capítulo IV: El barrio que no es barrio

El Carmen es uno de los sectores que conforman el Barrio Unión de Petare. El Carmen fue un terreno de una hacienda hace 70 años, pero poco a poco la gente fue poblando el espacio hasta que las autoridades, que inicialmente intentaron llevar el control de venta —a bajo costo— u otorgamiento de terrenos a través del Concejo de Petare, lo perdieron y la zona fue invadida.

A pesar de que El Carmen se encuentra en una de las zonas más peligrosas de la capital, sus habitantes cuentan con calles asfaltadas, alumbrado público, escuelas, farmacias, ambulatorios y otros centros de salud, varias vías de acceso y transporte público, panaderías, bodegas, abastos, una iglesia y hasta un nuevo bulevar donde los chamos juegan *caimaneras* de futbolito en las noches, los más pequeños montan sus triciclos y los más viejos conversan en banquitos de cemento después de la última misa.

A través de los personajes de la comunidad el capítulo retrata un barrio urbanizado. Las invasiones de El Naranjal 3 y Villa Esperanza esperan evolucionar y contar con el apoyo de las autoridades para desarrollarse y convertirse, así como el sector El Carmen, en parte real —y no marginal— de Caracas.

Durante el desarrollo del reportaje el lector encontrará algunas fotografías tomadas por Juan Andrés Soto en los asentamientos recorridos.

III. Reportaje

OCUPANTES SÚBITOS

Reportaje sobre el proceso evolutivo de invasiones en Caracas

Capítulo I. Vivir al margen

Vista de Caracas desde el Barrio José Félix Ribas, Petare, Municipio Sucre.

A la espera de una intervención divina

Era noviembre del año 2006. Gladis Cadamo se despertó repentinamente, porque el terreno sobre el que estaba construida su casa comenzó a moverse tras unas lluvias que fueron consideradas "más bulla que la cabuya" por las autoridades del municipio Sucre. Había dejado el hogar de su madre, en Los Bloques Grandes de Caucagüita, porque la familia crecía y el apartamento en el Bloque 3 seguía midiendo 50 metros cuadrados: su hermana tenía 5 hijos y ella iba ya por el tercero. En diciembre del año pasado el terreno comenzó a ceder de nuevo y el tercer día de precipitaciones se llevó su rancho. Hoy, 24 años después de haber llegado al sector improvisado 14 de Abril, cuatro de los ahora siete hijos de Gladis suben y bajan los 19 pisos del Bloque 3 para llegar a casa de la abuela, mientras ella permanece con los demás en un refugio, aguardando el momento en que le otorguen una casa en Ciudad Belén, al oeste de Guarenas.

Hace 25 años, tras otras lluvias que reclamaron la tierra sobre la cual estaban erigidos algunos ranchos, veinte familias sin hogar invadieron un espacio en la parroquia Caucagüita y fundaron el ahora llamado sector 14 de Abril. Tras conseguir el reconocimiento de las autoridades del entonces Distrito Sucre, los vecinos convirtieron sus viviendas de tablones y zinc en casas de bloques y platabandas.

Progresivamente los habitantes del 14 de abril consolidaron su comunidad hasta convertirse en uno de los 1920 barrios del municipio Sucre: primero se encargaron de desmalezar la tierra para improvisar vías de acceso; luego trabajaron en la instalación de tuberías de aguas blancas y negras, la conexión —ilegal— a cables de electricidad que surten a una comunidad vecina y la construcción de escaleras para descender a las zonas más profundas del barrio. Finalmente, con el actual Gobierno nacional lograron adquirir títulos de propiedad sobre las tierras que alguna vez pertenecieron al Estado venezolano.

Gladis no estaba damnificada como los fundadores del 14 de Abril, pero escapando del hacinamiento de su antigua vivienda encontró allí un puesto para levantar un hogar en el que pudieran crecer sus hijos. Algunos hombres de la familia la ayudaron a construir el rancho mientras ella trabajaba para cubrir los gastos de los

materiales y llevar comida a casa. Sabía que la zona era de alto riesgo, pero por falta de recursos no tenía opción. Tras esforzarse por edificar su único patrimonio, hoy Gladis y sus hijos representan una de las 34 mil familias a las que se refirió el ministro de Vivienda, Ricardo Molina, al dar cifras sobre los afectados por las lluvias de noviembre y diciembre de 2010.

La mirada de Gladis refleja el cansancio de una vida más dura que fácil, y sus palabras la resignación de alguien sometido a la voluntad del destino. Nunca ha ido a Ciudad Belén, ni se ha percatado de que el complejo urbanístico del Gobierno nacional está concebido sobre suelos del municipio Plaza propensos a deslizamientos. Ella solo piensa una cosa: casa es casa, y es responsabilidad de las autoridades brindarle una solución porque como venezolana tiene derecho a una vivienda digna. Según la Constitución Nacional, Gladis tiene razón: en su artículo 82, la Carta Magna estipula que toda persona tiene derecho a una vivienda segura, cómoda, con servicios básicos, y que la progresiva satisfacción de ese derecho es obligación compartida entre los ciudadanos y el Estado.

Según la investigadora Teolinda Bolívar, en Caracas el 54% de la población habita en lo que se conoce como “barrios de ranchos”. Para Gladis, quienes están en su situación dependen, por sobre todas las cosas, de la voluntad de Dios. La sociedad a la que pertenece vive a la expectativa de una calamidad, cansada de promesas políticas incumplidas: solo la mano divina puede aliviar las preocupaciones de la vida y multiplicar el pan.

Las montañas de bloques naranja

Alfredo Cilento ha dedicado su vida a estudiar a la arquitectura y a la cultura de la construcción en Venezuela. Egresado de la Universidad Central de Venezuela (UCV), afirma que las ciudades venezolanas comenzaron a experimentar el acelerado crecimiento de sus barrios pobres en la década de los años cuarenta: en el Área Metropolitana de Caracas, entre los años 1950 y 1990 la población asentada en ranchos casi se triplicó: de 16,4% pasó a 40,2%.

Según Cilento y la arquitecto estudiosa de la historia de la arquitectura en

Venezuela, Beatriz Meza Suniaga, la explotación de la riqueza petrolera venezolana de la primera mitad del siglo pasado llevó a la construcción de ciudades petroleras —la mayoría ubicadas en Zulia, Anzoátegui y Monagas— alrededor de los campamentos de las empresas concesionarias para sus empleados, técnicos y obreros. Al estabilizarse la producción, los campamentos equipados con servicios de agua y electricidad subvencionados por las empresas se convirtieron en zonas atractivas para los campesinos que vivían en un contexto de incremento demográfico, desempleo y deficiencias en la salubridad pública. Inició entonces un proceso de migración hacia los alrededores de los campos y los pobladores comenzaron a autoconstruir viviendas improvisadas que posteriormente constituyeron lo que hoy en día se conoce como barrios.

En Caracas, sin embargo, fue distinto. Parafraseando a Cilento desde principios del siglo XX los ocupantes de la parte baja de los cerros habían comenzado a construir viviendas hasta conformar sectores como La Charneca, Hornos de Cal, Marín y El Mamón, en San Agustín. Gran cantidad de los habitantes de estas zonas provenían del interior del país y llegaron a la capital para trabajar en la industria de construcción en desarrollo, pero al no ser absorbidos plenamente por la economía formal, no pudieron costear la vivienda ofrecida en el mercado formal y tomaron los cerros, su alternativa real de alojamiento.

Alfredo Cilento e Iris Rosas se conocen desde hace tiempo. Ella es fundadora del Centro Ciudades de la Gente (CCG), un centro universitario de investigación de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la UCV dedicado al tema de los barrios autoproducidos; él, miembro honorario. Para Rosas, los barrios son el resultado material de procesos sociales, económicos y culturales reflejados en el crecimiento, estado y desarrollo de sus construcciones. Este proceso de la ciudad-barrio es para ella un fenómeno urbano que coincide, como también opina Cilento, con el proceso de creación de las viejas urbanizaciones y obras civiles realizadas en Caracas a partir de los años 40: mientras se hacían las construcciones modernas, en los alrededores de la ciudad grupos de escasos recursos económicos auto-producían sus casas de manera informal.

Esos territorios urbanos ocupados por superficies de barrios se vieron influenciados por el entorno de la ciudad, el cual proporcionó los conocimientos

constructivos de las viviendas y su consolidación: los obreros de la industria de construcción que aprendían y aplicaban técnicas de concreto y mampostería utilizaban su experiencia en la autoproducción de los barrios que habitaban.

Según el Departamento de Riesgo de la Alcaldía de Caracas, en el año 2007 el espacio por habitante en las zonas informales era casi seis veces menor al de las zonas formales. Tal y como puede evidenciarse al adentrarse en una barriada, la mayoría de las viviendas de las zonas marginales caraqueñas se encuentran en constante expansión: crecen en número de pisos y con ellos los barrios se han ido densificando.

A estos *ocupantes súbitos* de terrenos se les conoce como "invasores". Según el sociólogo Rafael Uzcátegui, un invasor es una persona que, fuera del marco de la ley, ocupa una propiedad privada ajena o una propiedad perteneciente al Estado. En Venezuela, y en Caracas sobre todo, grupos de estos *invasores* toman edificios abandonados o en construcción y terrenos baldíos que, en la mayoría de los casos, pertenecen al Estado. En su etapa inicial, los asentamientos construidos por estas personas se conocen como *invasiones*, pero con el pasar del tiempo las invasiones evolucionan hasta consolidarse y conformar los barrios.

Vivir en el barrio

El sol tuesta la piel de los vecinos que se dedican a sus quehaceres y también vigoriza el olor de la basura en descomposición: la intensidad de la luz obliga a mantener los ojos entrecerrados, la intensidad de la pestilencia a aguantar la respiración.

Hace dos semanas que no pasa el camión de la basura y los *containers* anidan ratas, chiripas y perros sin dueño. Hace dos semanas, también, que las aguas blancas del sector se pierden en un bote ignorado por las autoridades. En ese preciso lugar, hace casi cuatro décadas, había un manantial lo suficientemente pequeño para construir alrededor de él sin peligrar durante las lluvias y lo suficientemente grande para surtir a la comunidad. En aquel entonces hubo pocas familias —cuarenta aproximadamente—, pero hoy en día la Zona 5 es una de las diez zonas del barrio

José Félix Ribas donde, según cifras estimadas —no oficiales— de la Alcaldía del Municipio Sucre, 120.000 habitantes conviven en un territorio equivalente a 96 campos de fútbol inclinados.

La atmósfera en la Zona 5 no es muy distinta a la atmósfera de un pueblo rural: la bodega es el lugar de encuentro de las comadres que hacen el mercado por la mañana y de hombres que toman la *polarcita* —cerveza producida por Empresas Polar— al final de la tarde; una niña en edad de aprender a leer y escribir patea una botella vacía antes de subir la cuesta que la llevará a casa con el harina que bajó a comprar. Todos se conocen y echan los cuentos en donde se encuentren: en la farmacia, en la acera, en la vía; las jóvenes llevan franelillas sin mangas y cholas o sandalias, algunos muchachos intentan deslumbrarlas, pero no con piropos, como en el pueblo, sino con el ronquido de sus motocicletas y grandes cadenas de oro que los transeúntes aseguran fueron pagadas con dinero producto de andanzas delictivas.

La calle principal está asfaltada, algunos de los angostillos contiguos también. Las escaleras son la principal vía de acceso a las viviendas porque la falta de terrenos extendidos a causa de la densificación no permite que la construcción se dilate: la obliga, en cambio, a seguir un orden vertical. Una señora termina de descender al menos cien escalones para llenar una bombona de gas mientras soporta la hediondez de las aguas negras que corren los escalones de cemento que la llevan a la calzada.

En su mayoría, las casas que rodean y anidan la cotidianidad carecen de frisado, pero cerámicas y pintura recubren algunas paredes para interrumpir el naranja de los bloques desnudos. Todas las ventanas tienen barrotes y todos los barrotes son signo del miedo a ser víctima de la delincuencia: en el día los espacios públicos están atestados de quienes van al trabajo, a la escuela o a la botica; en la noche la violencia cobra vida en el lugar. A lo lejos, desde quintas y edificios de cabilla y concreto, los ciudadanos que nunca han entrado en un barrio los ven como el retrato en vida de la pobreza.

Del campo a la ciudad

En Venezuela el Estado ha asumido el problema de la vivienda como propio.

Por un lado, desde su nacimiento como democracia la vivienda se ha considerado un derecho de los ciudadanos que debe ser otorgado por el Gobierno, y por el otro, según Beatriz Meza Suniaga la política habitacional del país desde sus orígenes se ha fundamentado en la posibilidad de la resolución absoluta de la escasez de viviendas por parte del Estado.

Aunada a la migración interna de campesinos hacia las ciudades en busca de empleo, a partir de las ventas petroleras cada vez más crecientes el Estado contó con una disponibilidad de recursos que fortalecía su papel y que, a ojos de la ciudadanía, justificaba el aumento del gasto público en obras públicas. En ese contexto surgió el Banco Obrero en 1928 —luego convertido en el Inavi en 1977—, el cual por un lado pretendía responder a la necesidad de financiar las construcciones de una industria privada que comenzaba a crecer y, por otro, otorgaba hipotecas a las viviendas construidas masivamente.

En sus inicios el Banco Obrero se dedicó principalmente a contribuir con la adquisición de casas de habitación a través de operaciones de venta a plazos con cuotas iniciales y tasas de interés bajas, tal como hace la Misión Hábitat iniciada en 2005 con el nombre de Misión Vivienda. No obstante, ese enfoque supone la existencia de viviendas qué comprar sin tomar en cuenta ni el creciente déficit habitacional ni las condiciones mínimas de habitabilidad del entorno urbano de la vivienda.

Alfredo Cilento explica que durante el gobierno de Eleazar López Contreras, el Banco Obrero se reorganizó como constructor de urbanizaciones y en una primera etapa se edificaron zonas como Bella Vista (1937), Pro Patria (1939) y, sobre los terrenos del barrio —previamente demolido— del mismo nombre, El Silencio. Posteriormente la Comisión Nacional de Urbanismo (CNU) institucionalizó la planificación urbanística como función pública con el primer Plan de Vivienda (1946-1949), un plan que aspiraba sustituir los ranchos existentes por “viviendas salubres”, pero la meta de construir 4.000 viviendas por año no se cumplió.

A pesar de los esfuerzos iniciales en cuanto a políticas de vivienda, el censo de 1950 reveló no solo un gran déficit habitacional sino un problema residencial que iba más allá de la provisión de domicilios: en la mayor parte del territorio no había

sistemas sanitarios apropiados —acueductos, cloacas, drenajes de aguas de lluvia— y sin ellos las casas construidas por el Banco Obrero no podían integrarse a las zonas urbanas donde se emplazaban.

En 1952 el crecimiento desmesurado de las barriadas de ranchos preocupaba al presidente Marcos Pérez Jiménez, quien inició la *batalla contra el rancho* con la sustitución de estos por *superbloques*. Respondiendo a los lineamientos del Gobierno militar que asume el rol de "guía ilustrado" con su Nuevo Ideal Nacional, surge el Taller de Arquitectura del Banco Obrero (TABO), el cual propuso planes de vivienda y proyectos de urbanizaciones y edificaciones para responder al déficit habitacional. Sin embargo, en una investigación acerca del TABO Beatriz Meza Suniaga afirma que muy a pesar de las 52 urbanizaciones y las 27.968 viviendas que construyó en ese período, el enfoque cuantitativo de la política del TABO—aumentar el número de unidades edificadas— y la ausencia de una gestión que se planteara la intervención integral en las ciudades probaron la imposibilidad de cumplir la promesa de acabar con los ranchos.

Hacer visible lo invisible

Según el ex presidente del Instituto Nacional de la Vivienda (Inavi), Lander Quintana, una vivienda adecuada implica privacidad, espacio, seguridad, estabilidad y durabilidad estructural, iluminación de calidad, ventilación, buena estructura básica, suministro de agua, facilidades sanitarias y cercanía o accesibilidad a las fuentes de empleo y facilidades básicas.

Para el arquitecto e investigador Manuel Antonio López Villa, la *batalla contra el rancho* que caracterizó las políticas del Banco Obrero en sus primeros 30 años estuvo errada puesto que no tomaron en cuenta las características que Quintana atribuye a una vivienda habitable: se enfocó exclusivamente en el número de residencias a construir.

Bajo este precepto, la construcción de *superbloques* era el camino a seguir, pero en la realidad los apartamentos no se ajustaban a las necesidades de los venezolanos, quienes preferían contar con viviendas que pudieran ampliar a medida

que fueran creciendo las familias. Al caer el régimen de Pérez Jiménez, muchas de las personas que había sido ubicadas en esos superbloques se fueron e iniciaron nuevas invasiones; otras esperaron a que culminara el período de pago de sus apartamentos y los vendieron.

En su artículo 71, la Constitución Nacional de 1961 que estuvo vigente hasta 1998 establecía que el Estado proveería lo conducente a facilitar a cada familia la adquisición de vivienda cómoda e higiénica. Asimismo, en su artículo 136 el fomento de la vivienda popular era considerado una competencia del Poder Nacional y, como tal, el Estado democrático inicialmente se dedicó a construir viviendas aisladas en lugar de fomentar las condiciones necesarias para el desarrollo de zonas urbanizadas y habitables.

Para el arquitecto e investigador Alfonso José Arellano Cárdenas, el fomento de estas condiciones implicaba la implementación de políticas públicas nacionales que no se habían desarrollado hasta el momento. En 1961 una comisión de expertos nacionales e internacionales, presidida por el ingeniero Luis Lander, realizó un informe que evaluaba la estructura administrativa del Banco Obrero y los *superbloques* de los años 50. En su proposición de bases para una política nacional de vivienda, la comisión aseguró que el problema no se origina en la escasez de vivienda sino en la escasez de desarrollo:

> Más se hará por resolver el problema de habitación de los venezolanos si se estimula el desarrollo económico y si ese desarrollo se realiza en términos de lograr una justa distribución de la riqueza, que si se invierten recursos considerables en la construcción de nuevas unidades de habitación. (…) Nada se haría con construir viviendas si quienes las van a habitar no cuentan con suficientes fuentes de trabajo estable e ingresos adecuados. Son justamente estas circunstancias que exigen la correcta valorización de las demandas competitivas de los recursos nacionales, las que imponen la más racional actitud en las decisiones del gobierno" (Banco Obrero, 1961ª: s/p)

En la Semana de Investigación Internacional de la Facultad de Arquitectura de la UCV (2008), Lander Quintana afirmó en una conferencia que por largo tiempo se había mantenido la idea de sustitución de los ranchos, pero a partir de los últimos años de la década de los sesenta el Banco Obrero comenzó a abandonar la idea de

erradicación de los barrios y a implementar el Programa de Urbanización y Equipamiento de Barrios (1969).

Quitana afirma que mientras en los años setenta la Unidad de Diseño en Avance del Banco Obrero buscó aumentar la productividad de la industrialización de la producción masiva de viviendas populares, el Programa de Urbanización y Equipamiento de Barrios abandonó el enfoque cuantitativo y sentó un precedente: a partir de él, en los años sucesivos se reconoció y fomentó la autoconstrucción con soluciones habitacionales de crecimiento progresivo, y por primera vez se habló de mantener los barrios que estuvieran en zonas geológicamente estables.

Finalmente, en la década de los ochenta, el Estado reconoció su incapacidad para financiar las viviendas de todas las familias de bajos recursos, y se aplicó el Programa de Habitación Progresiva (PHP).

El PHP fue un plan nacional de construcción de parcelas con servicios básicos para atender principalmente a las familias que no podían acceder a ningún tipo de vivienda y que de no tener esas parcelas para construir sus ranchos, de todas maneras los construirían pero en lugares probablemente inhabitables y de manera desordenada. Según José Rafael Velásquez, primer Coordinador Nacional del PHP, el resultado del programa fue el beneficio de más de 20.000 familias que construyeron urbanizaciones consolidadas con viviendas que evolucionaron a pequeñas quintas. Para Velásquez, "la diferencia cualitativa entre un rancho construido sobre una parcela con servicios de agua potable, cloaca, drenaje, electricidad y vialidad, en un desarrollo con espacios para la construcción de servicios de salud y educación, es equivalente al salto de la prehistoria a la Edad Moderna".

Estado intervencionista

Francisco Sesto, doceavo Ministro en encabezar el Ministerio del Poder Popular para la Vivienda y Hábitat durante el gobierno del presidente Hugo Chávez, asegura que políticas semejantes a las propuestas de la comisión presidida por Luis Lander jamás se llevaron a cabo. Según él, en los últimos 50 años del siglo pasado el Estado falló en términos de vivienda y hábitat principalmente por no haber sabido canalizar

lo que califica de “energía constructora” de los venezolanos: El sector público hizo el 20% de las viviendas en el país, el sector privado formal empresarial hizo el otro 20% y el pueblo, “con gran capacidad y energía”, hizo el 60% de las viviendas que existen. “El gran constructor ha sido el pueblo, pero el pueblo no podía hacer el urbanismo, las fábricas y desarrollar las tecnologías; solo tuvo en sus manos las herramientas artesanales y con eso hizo más de la mitad de lo que se conoce como hábitat, que no es un buen hábitat, e hizo unas viviendas que no son buenas viviendas”.

Aunada a la opinión de Sesto, la existencia de los barrios no había sido reconocida sino hasta 1969, con la aprobación de la Ley Orgánica de Ordenación Urbanística luego de la creación del Departamento de Urbanización y Equipamiento de Barrios del Banco Obrero por iniciativa de la arquitecta Teolinda Bolívar. A partir de entonces, se reconoció el derecho de los habitantes de los barrios al tratamiento de su entorno como parte de la ciudad.

Este cambio en el entendimiento de la naturaleza del problema de habitabilidad propició estudios e iniciativas —principalmente de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV— para integrar a los barrios a las estructuras urbanas de las ciudades a través de proyectos de adecuación de los barrios.

Tal fue el caso, por ejemplo, del *Plan Sectorial de Incorporación a la Estructura Urbana de las Zonas de los Barrios del Área Metropolitana de Caracas* coordinado por Josefina Baldó y Francisco Villanueva, cuya viabilidad se demostró en 1997 con la experiencia del Consorcio Catuche, en el municipio Libertador. Tras esta experiencia el plan fue ampliado al ámbito nacional en 1999, durante el gobierno del presidente Hugo Chávez, y conocido como el *Programa de Habilitación Física de los Barrios* (HFB).

Pero a pesar de los nuevos enfoques y de los resultados de numerosas investigaciones, en la Constitución Nacional vigente las políticas nacionales y la legislación en materia de vivienda son competencia del Poder Público Nacional. Esto quiere decir que a pesar de que en los años 80 mermó el rol protagónico del Estado en la planificación urbana, su consideración como actor principal en la solución del problema de viviendas en Venezuela continúa siendo un hecho. Para Beatriz Meza Suniaga, “la poca o nula capacidad adquisitiva de la clase obrera no se considera y así

muchas de las unidades residenciales destinadas a los grupos de menores recursos terminan en manos de la clase media".

El mito de la carencia

"El problema de la vivienda es totalmente secundario, ellos (los pobladores populares) han aprendido a encontrar alojamiento cerca de los lugares de trabajo, ya sean legales o no", afirma Alfredo Cilento.

A diferencia del objetivo de la Gran Misión Vivienda Venezuela impulsada por el Gobierno actual, el urbanista hace referencia a otras carencias y necesidades que supone más apremiantes y difíciles de resolver por sí mismas para superar la depauperación: mejores oportunidades de trabajo o subsistencia, salud, educación, alimentación, seguridad de bienes y personas, seguridad social y jurídica, facilidades del desplazamiento, acceso a crédito costeable y reducción de la vulnerabilidad social, económica y física.

Al igual que la comisión de expertos presidida por el ingeniero Luis Lander en 1961, Alfredo Cilento considera que es un mito el que el principal problema urbanístico del país sea el déficit de viviendas: "Las personas pueden construir su albergue con o sin asistencia técnica, en grupo o individualmente. Sin embargo, explica que la gente no puede conseguir con su propio esfuerzo los servicios infraestructurales, el transporte público desde y hacia su sitio de trabajo, la educación y la salud, la cultura y recreación".

Para Marta Vallmitjana, arquitecta e investigadora en el área de planificación urbana y marcos institucionales de gobernabilidad, el déficit es un índice engañoso: "El déficit obvia tanto la dimensión geográfica y poblacional como la complejidad social de los barrios". Según ella, la tendencia a centrar el tema del alojamiento de los pobladores de barrios en un problema de déficit fue práctica común de los sectores oficiales —y pareciera serlo aún—, cuando el mayor problema es la falta de equipamiento y servicios en redes de agua, electricidad, accesibilidad, espacios públicos.

Además de los desarrollos habitacionales, Cilento hace énfasis en la creación de vías de transporte "porque el alojamiento no se resuelve buscando y construyendo pseudo viviendas para trasladar a la gente a cualquier lugar, bien lejos del sitio de la catástrofe y antojo".

El artículo 86 de la Constitución venezolana asegura que toda persona tiene derecho a la seguridad social como bien de servicio público, que garantice la salud y asegure la protección en contingencias de maternidad, paternidad, enfermedad, invalidez, pérdida de empleo, desempleo, vejez, viudedad, orfandad, vivienda, cargas derivadas de la vida familiar y cualquier otra circunstancia de prevención social, pero la garantía de esa seguridad social está lejos de materializarse.

En Venezuela, no se puede obviar la pobreza al momento de pensar en los problemas de vulnerabilidad que presenta un porcentaje importante de la población. La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) considera la pobreza como un síndrome situacional en el que se asocian el infraconsumo, la desnutrición, las precarias condiciones de vivienda, los bajos niveles educacionales, las malas condiciones sanitarias, una situación inestable en el aparato reproductivo o dentro de los estratos primitivos del mismo, actitudes de desaliento y anomia, poca participación en los mecanismos de participación social y quizás la adscripción a una escala particular de valores, diferenciada en alguna medida del resto de la sociedad.

Cifras del INE en el año 2008 dan cuenta que el 23,4% de los hogares venezolanos se encontraban en situación de pobreza por necesidades básicas insatisfechas, lo cual representa una disminución con respecto a años anteriores. Al respecto, el sociólogo de la Universidad Católica Andrés Bello (Ucab), Luis Pedro España, afirma que las estadísticas que presenta el Gobierno como resultado de sus medidas no se corresponden necesariamente con ellas puesto que el aumento en los ingresos de los hogares depende de la economía y entre los años 1997 y 2007 hubo crecimiento económico durante 22 trimestres.

En ausencia de una transformación de la economía venezolana hacia un modelo más tecnificado, la reducción del número de grandes empresas lo único que indica es que nuestro aparato productivo es más precario que hace diez años a pesar de que hubo un crecimiento de 100% en la nómina gubernamental —tras 5 años del

boom petrolero— que resultó en unos 2,2 millones de servidores públicos. "Sin empresa no hay empleo y sin empleo lo que hay es hambre", afirma España en la investigación titulada *Detrás de la pobreza. Diez años después.*

En materia educativa, Luis Pedro España señala que si bien para el año 2008 había mejorado un poco —debido a la reducción de los costos de oportunidad y mejora de ingresos de los hogares—, la escolairdad de los jóvenes mayores de 15 años persistió una fuerte caída. Quienes abandonan la educación formal a esa edad, no cuentan con las habilidades y capacidades suficientes para insertarse en el mercado laboral —formal—.

En este contexto, según España la disminución de la pobreza en Venezuela ha sido producto de un aumento en los ingresos entre el 2004 y el 2007, que a su vez ha disparado el consumo y las mejoras que los hogares pudieron hacer en comparación con años anteriores. Sin embargo, parece que ha tendido a empeorar aquello que no depende del ingreso de los hogares o que no puede ser mejorado sustantivamente con el ingreso de las personas: condiciones del medio donde se vive, el saneamiento, la educación, la viabilidad y la seguridad.

La vivienda como bandera

Las 2 mil 500 butacas de la Sala Ríos Reyna del Teatro Teresa Carreño estaban ocupadas por ministros, miembros de los consejos comunales, comunas, brigadas socialistas y refugiados partidarios al Gobierno que se confundían en la masa roja que gritaba consignas alusivas al socialismo. Al día siguiente sería la marcha del oficialismo que buscaría apaciguar el descontento producido por lo bajo del incremento del salario mínimo que se acostumbra con motivo del Día Internacional del Trabajador: era importante hacer un anuncio que contuviera ese descontento. El 2011 es un año importante para la vida política del país, es el año antes de iniciar formalmente la próxima campaña presidencial.

El primer mandatario Hugo Chávez ocupó el escenario y lanzó oficialmente, en cadena nacional de radio y televisión, la "Gran Misión Vivienda Venezuela" que venía anunciando desde principios de año. "Se trata de un nuevo hábitat, una nueva

vida, para vivir viviendo", manifestó el Presidente mientras la audiencia entonaba frases alabando al mandatario.

Al igual que la estrella de Comandante del Che Guevara, la misión tiene cinco aristas: un censo nacional para identificar a las personas en necesidad de vivienda, un registro de los terrenos aptos para la construcción, la integración de empresas nacionales e internacionales (incluyendo las compañías comunales), financiamiento de la banca pública y privada y adquisición de materiales para la construcción.

Este plan propone construir 150 mil viviendas en el año 2011 —de las cuales 23.069 corresponden al área metropolitana de Caracas— e incrementar el promedio anual hasta conseguir 2 millones de viviendas en todo el país para el año 2017.

El actual ministro de Vivienda, Ricardo Molina, afirmó un mes luego del anuncio oficial de la misión que se había realizado un estudio para asegurar la posibilidad de cumplir con la meta. Sin embargo, tras sus declaraciones ante la Asamblea Nacional resulta difícil de creer que efectivamente se pueda alcanzar: entre los años 1999 y 2010 se construyeron en promedio 25.857 viviendas al año desde el sector público y 23.740 desde el sector privado, lo cual suma un total de 595.164 viviendas. En otras palabras, se pretende construir en 7 años aproximadamente cuatro veces más que en los últimos 12.

Según el Instituto Nacional de Estadística (INE), en el 2004 hubo un déficit de 1.800.000 viviendas e, incluyendo aquellas ubicadas en lugares de alto riesgo o con servicios públicos deficientes, las necesidades de vivienda sobrepasaban los 2 millones 500 mil. Para el presidente de la Cámara Inmobiliaria de Venezuela, Aquiles Martini, el objetivo de construcción del gobierno es inviable no solo porque el cálculo no incluye las viviendas que se agregan al déficit habitacional anual sino porque desde la nacionalización en el año 2008 de empresas como Cemex (México), Holcim (Suiza), La Farge (Francia) y la Siderúrgica del Orinoco (Sidor), es difícil acceder a las materias primas necesarias para construir: cuatro de cada diez proyectos del Gobierno se encuentran paralizados, y de ellos un 65% se debe a la caída en la producción de insumos como el acero, el hierro y el cemento.

Gustavo Izaguirre, director de la Escuela de Arquitectura de la UCV, dice que la producción de cemento en Venezuela hasta el año 2006 abastecía el 100% del mercado nacional y se podía incluso exportar, pero actualmente el sector está en crisis: "Cuando se mantiene cualquier producto constructivo, incluso el acero, suelen estar muy dispersos en el territorio nacional, entonces hay que distribuir el producto. Con el acero no sucede, pero el cemento, por ejemplo, es un material muy costoso porque a los veinte días comienza a deteriorarse a causa de la humedad y no lo puedes almacenar más".

Izaguirre considera que las políticas económicas para la producción de las empresas de acero y cemento, compañías básicas en la construcción, tienen que verse con una visión que permita construir todos los metros cuadrados de construcciones y satisfacer la demanda: "es un bien social, y no se puede manejar como un bien político". Por su parte, el ministro Ricardo Molina asegura que actualmente hay necesidad de importar acero y cemento para satisfacer la demanda de la construcción de viviendas que está llevando a cabo el Gobierno.

Nuevas promesas, viejas costumbres

En los últimos 12 años el Gobierno ha intentado llevar a cabo distintas iniciativas para afrontar el problema de viviendas que están basadas en políticas y experiencias de administraciones anteriores, pero no han dado los resultados esperados.

Josefina Baldó, quien en el año 2000 lideraba la presidencia del Consejo Nacional de Vivienda (Conavi), es de las que opina que el problema de vivienda no se trata exclusivamente de construir nuevas ciudades, sino de acondicionar para que también los barrios existentes se conviertan en centros urbanos: "15 millones de personas viven en barrios, la clave está en mejorar eso. A las viviendas ya construidas hay que darles cloacas, acueductos, drenajes, vialidad, electricidad, espacios públicos. Esos barrios deben convertirse en ciudades".

Como presidenta de Conavi Baldó retomó el *Plan Sectorial de Incorporación a la Estructura Urbana de las Zonas de los Barrios del Área Metropolitana de*

Caracas que había desarrollado junto a Francisco Villanueva con el nombre de *Programa de Habilitación Física de los Barrios* (HFB). El HFB fue novedoso, principalmente, por el papel que jugaron el Estado, los profesionales y la gente de la comunidad en conjunto. Tal como lo plantea Baldó, su objetivo fundamental era la incorporación urbanística de los barrios a la ciudad para romper con el aislamiento que, según Marta Vallmitjana, genera aumento de pobreza, pérdida acelerada de la calidad de vida, vulnerabilidad física y legal e inseguridad personal. El programa se enfocaba principalmente en barrios de 16 estados del país y del Distrito Capital y estaba destinado a atender a una población de más de 300 mil habitantes, pero fue suspendido tras la sustitución de Baldó en Conavi.

Posteriormente, en el año 2004, se intentó retomar el HFB con el nombre *Plan de transformación endógena de barrios,* pero nuevamente fue clausurado tras el cambio de ministro en el Ministerio de Infraestructura (Minfra) y no volvió a ser puesto en práctica.

En el año 2008, Francisco Sesto, quien además de haber sido ministro de Vivienda y Hábitat es actualmente el encargado de la reconstrucción de Caracas dentro de la Gran Misión Vivienda, declaró no estar orgulloso con lo que el Gobierno había hecho hasta entonces en esa materia a pesar de "reconocer el esfuerzo realizado para tratar de darle vivienda a la población en medio de las dificultades". Ese esfuerzo parecería no ser suficiente: el pasado 18 de agosto el vicepresidente del Cabildo Metropolitano de Caracas, Alejandro Vivas, dio un balance sobre las viviendas ofrecidas y entregadas por el Gobierno durante el 2011 y aseguró que hasta el momento la Gran Misión Vivienda, a pesar de expropiar inmuebles y terrenos para cumplir con la meta estipulada, ha tenido un porcentaje de efectividad de solo 4,69% en el área metropolitana de la capital.

Otra ola de invasiones

Debido a las dificultades que encuentran los venezolanos para la adquisición de vivienda y a pesar del intento del Gobierno en los últimos años, ha surgido una nueva oleada de invasiones en Venezuela y, por tanto, en la ciudad capital.

En Caracas es común encontrar grupos de estos ocupantes súbitos en edificios o en terrenos. Cifras del año 2008 recopiladas por la Asociación de Propietarios de Inmuebles Urbanos (Apiur) estiman que 154 edificios en la capital permanecían invadidos y 800 inmuebles individuales son ocupados de manera ilegal.

A pesar de que Zulma Bolívar, gerente de la Gestión para la Ciudad de la alcaldía del Área Metropolitana de Caracas, asegura que no existen cifras sobre invasiones, es visible cómo éstas continúan multiplicándose en la carretera Panamericana, la autopista Caracas-La Guaira, la carretera Petare-Guarenas, la vía hacia El Junquito y Cota 905.

Hacedores de ciudad

Cifras extraoficiales aseguran que en el Distrito Capital residen aproximadamente 5 millones de personas. Sin embargo, según un estudio realizado por la demógrafa Anitza Freites los habitantes de Caracas no sobrepasan los 3 millones 220 mil 540 y más de la mitad de ellos vive en zonas informales.

Según el ministro Ricardo Molina, la población de caraqueños que habita en barrios y demás zonas informales es mayor: “El 60 por ciento, quizá un poco más, de las viviendas en Venezuela, son construidas por sus habitantes”. La profesora Teolinda Bolívar expresa que el constructor de casas de barrios se las arregla para obtener un pedazo de tierra, pero éste constituye a su vez un terreno más grande que no ha sido previamente urbanizado, es decir, que está fuera de reglamentos vigentes: no cumple la ley.

Las montañas de barrios que posee Caracas muchas veces representan un trabajo arduo por parte de sus ocupantes, que pueden pasar décadas construyendo. Incluso, la investigadora Bolívar manifiesta que se trata de un proceso continuo, a diferencia de las construcciones reglamentadas que tienen un inicio y un fin definidos desde el inicio de la edificación.

Al respecto, Bolívar afirma que el sector de la construcción se compone de múltiples procesos de trabajo diario hasta llegar al producto terminado para poder

venderlo, mientras que en los barrios “el proceso de construcción nunca termina porque están hechos fuera de las reglamentaciones y el producto, durante su edificación, es usado”.

En Caracas se encuentran desde barrios que iniciaron un proceso evolutivo hace más de 50 años hasta invasiones recientes de 2 o 3 años. Los barrios consolidados suelen tener casas de 2 y 3 pisos, con servicios de acueducto y electricidad, algunas calles asfaltadas, escuelas, escaleras infinitas, comercios, pasillos angostos, farmacia y hasta ambulatorios. Las invasiones recientes suelen ser un puñado de ranchos de madera y pedazos de zinc en zonas de alto riesgo y de difícil acceso. Durante el siglo XX, la ciudad de los techos rojos se transformó en la ciudad-barrio de bloques naranjas.

Los “hacedores”, como los llama la arquitecta Bolívar, van ocupando los terrenos: “Donde no se les desaloja veremos primero un rancherío, y con el paso del tiempo, un barrio. El terreno limpio conlleva a un conjunto de ranchos o edificaciones en lugar del sembradío del campo, como se hace en la vivienda campesina. Las casas en los barrios es una cuestión inesperada e inédita, producto de millares de decisiones individuales y familiares”.

La vivienda en el barrio da cuenta de la cotidianidad, experiencia, trayectoria y calamidad de un grupo familiar y a su vez de las relaciones de éste con el entorno social. Para poder mejorar las condiciones de vida en los asentamientos, los ocupantes súbitos se organizan poco a poco a pesar de las limitaciones por la poca cantidad de recursos disponibles.

Así como Gladis Cadamo miles de venezolanos intentan sobrevivir ante uno de los problemas que surgieron con la democracia venezolana y que se ha extendido hasta la actualidad. Docenas de ocupantes súbitos tanto en la capital como en el resto del país aspiran que sus invasiones evolucionen hasta transformarse en una barriada más de Caracas.

Capítulo II. Tesón en los matorrales

Invasión El Naranjal 3, Cota 905, Caracas

Lluviamentazón en la Cota 905

Láminas de zinc coloridas, oxidadas y agujeradas se fusionan con tablas largas de madera para sostener el rancho abandonado de 9 metros cuadrados en la invasión El Naranjal 3 de la Cota 905. En el suelo de tierra inclinado hay dos botellas plásticas viejas, una batería de carro y una lámina de metal. Una puerta de madera pintada de gris, y una sola ventana que muestra una panorámica de los ranchos apiñados del barrio El Naranjal 1, el Comando Regional Número 5 de la Guardia Nacional Bolivariana (GNB) y la autopista Norte – Sur que pasa por debajo del túnel sobre el que se encuentra este asentamiento del municipio Libertador.

—El Naranjal tres es un barrio nuevo. Eso fue una montaña. Bastantes veces la gente lo quiso agarrar y la Guardia Nacional no la dejaba por el túnel. Lo armaban y la guardia lo tumbaba. Lo levantaban y lo desbarataban, porque era un terreno privado. Esto tiene pocos años, pero hace como nueve meses desocuparon los ranchitos porque varios se derrumbaron. Hubo una *lluviamentazón* en noviembre del año pasado y la gente corría por ahí pa' abajo —comenta con en voz alta y ronca Gabriela Yánez, de 64 años de edad, desde su bodega al final de la calle asfaltada de El Naranjal 2 donde se encuentra la cancha que da paso a la zona 3.

Una de las invasiones nacientes y casi desierta de la avenida Antonio Guzmán Blanco es El Naranjal 3. La llaman así porque con a penas 3 años es la parte más reciente del barrio con el mismo nombre, ahora dividido en tres partes porque los dos primeros sectores se originaron como asentamientos informales hace 39 años.

Como cientos de barrios en Caracas, El Naranjal 3 se adosó a sectores ya establecidos, más desarrollados. La profesora Teolinda Bolívar afirma que Venezuela no escapa de la tendencia de América Latina: habitantes que viven en extrema precariedad construyen sus propios espacios hasta formar uno común, que llaman barrio.

A diferencia de lo señalado por Anitza Freites, en una investigación realizada por Teolinda Bolívar en el año 2008 el porcentaje de habitantes que vive en las barriadas caraqueñas es de 54%. Al igual que la mayoría de los pobladores de El Naranjal, la señora Gabriela Yánez forma parte de ese 54% que sobrevive en las

llamadas “zonas informales”, subiendo y bajando las escaleras que le han desarrollado unas várices tan gruesas que parecen orugas dentro de su piel.

Según Bolívar, de las miles de viviendas ilegalmente construidas en Caracas aparentemente son pocas las que caen por defectos de construcción: es la erosión del suelo la causa principal de los desmoronamientos. “En ocasiones los terrenos ceden por sus características geológicas y morfológicas, pero adicionalmente la intervención del hombre en ellos agudiza el proceso de erosión al asentar sobre él el peso que significa una comunidad de viviendas”. Cuando ocurre un socavamiento, hay viviendas que se mantienen en pie, otras que no corren con la misma suerte, pero además de las casas hay otros elementos que sufren las consecuencias y empeoran la calidad de vida de quienes resisten ante las fuerzas de la naturaleza: las vías, las escaleras, y las redes de tuberías.

—A mediados de noviembre hubo tres días seguidos de lluvias y comenzaron los deslizamientos de tierra. Gracias a Dios no hubo muertos. Al principio Protección Civil trasladó a las personas afectadas a la cancha y al colegio Mario Briceño Iragorry y después fueron ubicados en distintos refugios u hoteles. Supuestamente todos tenemos que salir de aquí porque esto está en alto riesgo, pero primero sacarán a los más necesitados —manifiesta Betty González desde la puerta de su casa en la parte alta de la cancha.

Cuando cae un aguacero, el sonido de las gotas contra el zinc de su techo es ensordecedor. Aún así, Betty es de las que prefiere retardar el día en que deberá evacuar. Sabe que las circunstancias probablemente la obliguen a irse en algún momento, pero hasta que ese momento llegue, antepone el mejorar su hogar al pensar en desgracias.

Las lluvias son solo la primera gota de la tormenta. Después del agua quedan casas desparramadas en los barrancos, comunidades incomunicadas por la caída de calles y escaleras, tuberías averiadas que dejan de conducir las aguas blancas y negras, personas que deben partir y personas que deben reconstruir lo construido con poca o ninguna ayuda, mucho tiempo y aún más tesón.

Con 36 años de edad, Betty es madre de dos niñas de 5 años y un niño de 3. No tiene empleo y a veces vende cigarrillos detallados o empanadas para conseguir

algo de dinero. La familia la ayudó a abrir los huecos para fijar las bases de su casa y montar el zinc en el techo porque su ex esposo desapareció y solo la ayuda con la manutención de sus hijos de vez en cuando. No quiere mudarse porque conoce a toda la gente de la zona y ya tiene su hogar y quiere verlo mejorar. Todo invasor sabe cuándo comenzar la edificación de una vivienda, pero no cuándo culminará.

—Todavía en algunas casitas que aguantaron hay corotos guardados. Los que vivieron allí están en refugios y dejaron sus cositas porque no tienen dónde guardarlas, pero a veces regresan a revisar. Ponen cadenas con candados, pero hay otras familias que se metieron hace poco y otras que nunca se fueron —dice doña Gabriela mientras se pasa la mano por la frente para quitarse el sudor.

En la cancha que divide a los sectores, hay varios muchachos. Los más grandes están jugando básquet y los pequeños están cerca de la bodega con un grupo de 5 jovencitas que conversan aprovechando la sombra del local. Un niño descamisado y descalzo juega con un palo de escoba al que a cada punta le había colocado una botella plástica de refresco de dos litros. Mientras camina con ritmo y rapidez, gira el palo como si fuera un remo. Rema y dispara una sonrisa casi de oreja a oreja. Rema y ríe.

—Ese muchacho está loco. Todo el tiempo anda inventado cosas. El otro día encontró un carro grande dañado, le colocó unas ruedas y se lanzó por esta bajada —dice doña Gabriela mientras se burla.

Para llegar en transporte público a El Naranjal se toma una camioneta en la redoma de La Vega, detrás del centro comercial Galerías Paraíso. Desde El Cementerio se toma otro bus en dirección contraria. A diferencia de la avenida José Antonio Páez, que es casi recta y recorre la zona residencial de El Paraíso, La Cota 905, vista desde arriba, parece una víbora que bordea un cinturón de zona informal hasta llegar a El Cementerio. La primera invasión en la vía, muy cerca del zoológico, es conocida como Colinas del Pinar, y le siguen un barrio grande llamado Brisas del Paraíso, —segunda invasión— El Naranjal, —tercera— Nazaret, y finalmente el barrio Guzmán Blanco.

Restos de un rancho en El Naranjal 3, Cota 905, que cayó luego de las lluvias de noviembre y diciembre de 2010

Rancho abandonado que fue desalojado por Protección Civil en diciembre de 2010

La calle principal de El Naranjal es el único acceso a los tres sectores del barrio. Justo en esa parte de la arteria vial el pavimento está en pésimo estado, hay una tubería de agua rota, grandes cantidades de basura fétida y varios carros estacionados. En El Naranjal 3 no hay vías pavimentadas, ni de tierra: desde la entrada solo se puede llegar a pie. Justo al frente de la entrada del barrio, un señor y un muchacho sentados en unas butacas grandes se dedican a cuidar y lavar carros que por ahora no pueden acceder a la zona 3..

Desde la entrada principal de El Naranjal se revelan escaleras infinitas y callejones angostos. Solo en parte de una lomita de la montaña de El Naranjal 1 y 2 se vislumbran algunos árboles y monte. Predominan las paredes de bloques naranjas, rejas y ventanas de colores, con tanques de agua azules en algunas platabandas. Cientos de cables que provienen de postes improvisados se extienden por todo el barrio. A simple vista no se sabe dónde termina una casa y dónde comienza la otra. En El Naranjal 3, en cambio, el monte delimita las zonas entre los vecinos, en ocasiones impide el paso por los senderos de tierra, y atrae chipos y otros insectos portadores de enfermedades.

La calle pavimentada, es una pendiente con peluquerías y bodegas, donde venden empanadas, cervezas, chucherías y algunos alimentos de la cesta básica. La vereda es corta y tiene varios carros viejos estacionados, carcachas, casi. Es común ver a niños corriendo, motorizados haciendo *carreras* y abuelos caminando para pasar el día. Hay una curva hacia la izquierda y a varios metros está un antiguo módulo de Barrio Adentro que alguna vez funcionó, la bodega de doña Gabriela y la cancha. Después del aguacero de noviembre del año pasado la parte de atrás del módulo se debilitó y los médicos cubanos que vivieron allí se fueron. El viejo módulo fue ampliado: de la característica estructura circular de los Barrio Adentro emerge una estructura rectangular, azul, que fue ocupada por una de las hijas de doña Gabriela tras la partida de los médicos. En la pared principal, se lee un grafiti: “Que se mueran los sapos y no quede ninguno”.

Desde el inicio de la cancha, remodelada hace 8 meses por el ministerio de Interior y Justicia y la Oficina Nacional Antidrogas (ONA), están los rastros de una de las viviendas que demolieron porque estuvo en alto riesgo. De la demolición, por lo

Calle principal de El Naranjal 1

Cancha construida por el Ministerio de Interior y Justicia y la Oficina Nacional Antidrogas (ONA) en El Naranjal 2

general, se encarga Protección Civil, pero a veces son los consejos comunales quienes toman el asunto en sus propias manos para evitar que nuevos invasores vivan en casas a punto de colapsar. Sin embargo, solo las casas de quienes han recibido algún tipo de ayuda del Gobierno son tumbadas, y para reconocerlas son necesarias solo dos palabras caligrafiadas en la fachada principal: “Demolición beneficiada”.

Bordeando la cancha aún hay una hilera de ranchitos que están casi en el barranco, a punto de perecer. “Demolición. Beneficiada”, dicen las fachadas soportadas por pedazos de postes y láminas de hierro oxidadas. Más adelante, los restos del hogar de Gabriela Campos, otra vecina que actualmente vive con su familia en un refugio del Gobierno en el edificio El Conde de la avenida Lecuna.

Invasores de muchos tiempos

—No me acuerdo bien del día, pero estuvo lloviendo septiembre y durante varios días de noviembre. El palo de agua empeoró progresivamente y un día al final de la tarde se deslizó parte del cerro. Algunos ranchos se cayeron y los demás quedaron en riesgo y la mayoría de las personas está en refugios. La parte trasera de mi casa está muy mal —comenta Gabriela Campos en voz baja y con cierta timidez.

Su esposo Adolfo López, de 43 años, se dedica a la albañilería y ella trabaja en un preescolar. Gabriela es bajita y delgada, de cabello corto alisado y ojos negros. En cuanto a la meta fijada por el Gobierno nacional de construir 150 mil viviendas este año, cree que está difícil, pero tiene esperanzas y espera que le asignen un hogar para su familia pronto.

Cuando Gabriela habla de su casa apaga el equipo de sonido y los ojos azabaches se ponen aguados, mientras sus hijos la escuchan atentamente. El rancho contó desde un principio con servicio de electricidad y un acueducto, porque solo necesitó comprar las tuberías y unos cables para conectarse con las tomas de El Naranjal 2. Hace casi tres años su esposo echó una placa de cemento para hacer el piso, hizo las paredes con varias láminas de hierro y pintó la fachada de rosado. El zinc del techo está nuevo, pero se desperdició en una casa ahora abandonada. Gabriela

todavía visita su casa porque tiene los muebles, las camas y un radio que se escucha hasta en la bodega, como a media cancha.

Después de la casa de Gabriela la montaña de bloques de la parte antigua de El Naranjal quedó atrás. Al pasar la cancha ya no hay más asfalto ni escaleras de cemento, solo queda una pendiente con el verde del monte, un camino angosto repleto de desperdicios, tuberías improvisadas rotas, perros, una modesta casa de bloques y 20 ranchos aislados constituidos por láminas de hierro y tablas de madera remachadas que lograron soportar las lluvias. Ya no se escucha el balón en la cancha, ni el andar del niño que rema, ni la música de la casa de Gabriela, solo el motor de los carros que pasan por la autopista y, a veces, las ráfagas de balas cuando los carros fúnebres son acompañados por docenas de motorizados durante la tarde.

Basada en las características morfológicas y habitacionales de las viviendas y las condiciones urbanísticas del sector, Teolinda Bolívar estableció una tipología de diez etapas para clasificar a los barrios capitalinos auto-producidos que permite denotar en qué fase se encuentra un asentamiento. Las tipologías van desde un asentamiento aislado hasta un barrio consolidado, y según la clasificación El Naranjal 3 es del tipo C-1: un área potencialmente ocupable, que surge como ampliación de otro barrio ya constituido, servido por electricidad, acueductos, y posibilidad de acceso por vía vehicular cercana en la que circula transporte público.

La única casa de bloques en la montaña de El Naranjal 3 es una casa rosada y con el de techo plateado, pero no es la de Gabriela Campos. Tiene aproximadamente año y medio, y cuando Jessica Martínez y sus familiares se bañan, por un costado escurre el agua. Ella tiene 33 años, es blanca, cachetona y el flequillo de su cabello castaño oscuro cae sobre sus ojos café y su nariz perfilada. Al inicio de la invasión compraron el terreno a un conocido pagando 500 bolívares en efectivo, sin ningún tipo de papeleo de por medio: una transacción “por debajo de la mesa”. Luego, presagiando deslizamientos, construyeron un muro de contención —que aún se mantiene— y levantaron la vivienda.

La entrada de la vivienda está a un costado, justo después de una modesta reja con un letrero en cartón que dice “Bodega”. A penas Jessica abre la reja sale corriendo Lassie, un perro de 4 meses y color champán. En el fondo de las escaleras

está Alexander, su pareja, con varios bloques entre los brazos para seguir construyendo el muro de la parte baja de su casa.

Jessica, como Betty, dice querer permanecer en la invasión. Durante varios años estuvo viviendo con su marido y sus dos hijas, Yoleidis y Alexandra, en un cuarto del hogar de su mamá, en el sector El Naranjal 2. Yoleidis tiene 14 años y estudia octavo grado de bachillerato en liceo de Las Brisas del Paraíso; Alexandra, de 10 años, cursa el quinto grado. Jessica estudió hasta cuarto año y después de laborar en un estudio fotográfico compró una cámara para desempeñarse como fotógrafa. A veces la llaman para que documente con su *Kodak* algún bautizo o matrimonio, pero cuando no sale un *tigre* se dedica a su familia y la bodega. Jessica y su esposo dependen de la bodega, pero cuando las ventas no son buenas los *tigres* de Jessica son los que completan para el mercado y los materiales.

—Aquí algunos tienen luz y servicio de aguas, porque compraron las tuberías para conectarse con las de aquel barrio —señala la zona de los ranchos apretados—. Nosotros tenemos lo necesario. La mayoría de la gente se fue de aquí por las lluvias. Fuimos los únicos que nos quedamos aquí después de noviembre, porque esta fue la única casa que quedó estable. Otros volvieron. No han tumbado los ranchos porque no han sido beneficiados o tienen algo guardado —explica Jessica desde las escaleras de su casa mientras se tapa la cara del sol inclemente que agota a gatos y perros polvorientos, deambulantes deshidratados de los estrechos e inclinados caminos.

En la parte baja de la casa de Jessica recientemente derrumbaron otra de bloques. En el lugar, dos niños escarban entre montones de escombros como ratas hurgando basura en búsqueda de comida. Uno es un morenito como de 5 años, tiene la cabeza rapada y mirada vivaz. El otro es pálido, de cabello alisado y con clavículas pronunciadas que resaltan lo famélico de sus brazos. Ambos usan shorts y franelillas sucias y desgastadas, pero “juegan barato” y saludan desde el borde del barranco, completamente ajenos a la intensidad del sol y al infortunio de su comunidad.

Entrada a la casa de Jessica Martínez, única vivienda de bloques que se mantiene en pie en El Naranjal 3

Vista desde lado derecho de la casa de Jessica Martínez. Lassie ladra en uno los dos caminos principales de El Naranjal 3

Sobre la organización de la comunidad para mejorar las condiciones de El Naranjal 3, Jessica cree que cada quien está por su lado y que cada familia se encarga de construir y mejorar su rancho. Para ella, lo que funciona en su comunidad es la cooperación entre vecinos que se conocen o, a veces, la ayuda del consejo comunal Sol Radiante de El Naranjal 2, pero no cree que se haya formado aún un lazo de compañerismo.

—Aquí la gente no se organiza. De este lado no tenemos consejo comunal, porque la mayoría se fue. En la invasión Colinas del Pinar han avanzado, a pesar de que la Guardia Nacional tumbó varios ranchos hace tiempo. Ahora hay buenas casas —agrega Jessica comparando las comunidades vecinas con la suya.

Johana Monagas lleva 4 meses en El Naranjal 3 y asegura que el consejo comunal Sol Radiante no la toma en cuenta —para nada—, porque cuando llegó a la invasión le dijeron que el terreno donde se situó es de alto riesgo y ella no quiso irse. No le pidieron que se fuera, pero le advirtieron que si decidía permanecer allí lo hacía bajo su responsabilidad y no formaría parte de la comunidad.

—No me van a incluir en el censo de familias de aquí —dice entre afligida y molesta. Completamente consciente de lo que eso significa para su futuro en la comunidad, no ser considerada puede acarrear consecuencias significativas no solo por el hecho de ser excluido de futuros planes que podrían ayudarla a mejorar su calidad de vida, sino también porque no tendrá manera de pedir una carta de residencia, una fe de vida, o cualquiera de los otros requisitos que las autoridades gubernamentales requieren para tramitar solicitudes y ayudas económicas, de materiales, médicas, o incluso funerarias si llegara a necesitarlas.

Johana es blanca y con el reflejo del televisor, acompañante fiel en las horas de letargo, sus ojos se ven ámbar. Su metro y medio es encabezado por una frente de cuatro dedos, y su labio inferior carnoso se mueve como un quesillo en miniatura cuando habla. Tiene 30 años. Las tiras gruesas de sus sostenes negros se entrevén debajo de su franela amarilla mientras hace siete docenas de figuras de *Bam Bam.* Para conseguir dinero, hace tarjetas y adornos con *foamy*: por cada docena cobra 90 bolívares, y con este encargo hará mercado. Lismar, de 11 años, está sentada detrás de

ella. Ajena al trabajo de su madre, mira la televisión fijamente mientras se chupa el pulgar izquierdo. Es una niña muy flaca y despeinada que, por increíble que pueda parecer, vive mejor en El Naranjal 3 que en cualquiera de los otros lugares en los que ha pasado el último año. Usa un *short y* franela. Todos, en El Naranjal 3, usan *shorts* y fanelas ligeras para sobrellevar el calor. Se chupa el dedo y mira inmutable, completamente ensimismada.

—Pasé mucho trabajo antes de llegar aquí y no me voy a ir —dice Johana sin titubeo. El Naranjal 3, a pesar de sus paupérrimas condiciones, representa para ella una mejoría en su calidad de vida.

Los últimos dos años han sido una odisea, porque no ha parado de pasar penurias ante la falta de un hogar. Después de que murió su madre, sus tíos decidieron botarlos a ella y a sus cuatro hijos de la casa donde vivía en el sector Las Luces de El Cementerio. Allí crió a sus dos hijas mayores con cierta comodidad, pero los últimos dos hijos no han corrido con esa suerte. Al momento de quedarse sin techo, su papá no pudo ayudarla a conseguir otro pero le ofreció su carro para vivir. En su rostro todavía quedan señales de las noches en velo que pasó esos 7 meses en que se alojó en un carro *Ford*, modelo *Fairlane 500*, con tres de sus cuatro hijos.

—Allí pasamos las verdes, pero lo logramos. Le pedí ayuda a la comunidad, salí en el programa Cien por ciento Venezuela y fui a varias instituciones del Gobierno, pero nada. Lo único que hicieron fue echarme paja porque la LOPNA —Ley Orgánica de Protección al Niño y Adolescente— llegó y me quitaron a mis hijos por tres meses —manifiesta Johana con pesadumbre.

La casita de Johana tiene dos ventanas que en las noches, a lo lejos, parecen dos ojos vigilantes ante un posible palo de agua o bala perdida, dos ojos de un rancho de 15 metros cuadrados donde aguarda una familia de 8 personas —porque están ella, sus hijos, y otros familiares "arrimados"—. Los escalones de tierra para subir a la entrada del rancho están resbalosos, con algunos trapos y un zapato. Del lado izquierdo está la puerta de la casa y del derecho está una sábana que funciona como puerta del baño, un tarantín formado por varias láminas de zinc. El baño es un pedazo de terreno con un retrete sobre un poso séptico que está conectado a una tubería improvisada. El agua para tomar y bañarse está guardada en varios tobos, las puertas para la privacidad dentro del rancho son sábanas descoloridas casi transparentes.

Pasillo para entrar en la casa de Johana Martínez

Escaleras improvisadas para acceder a un rancho

En la entrada de la casa está Deiner, un niño canela que pareciera tener 3 años de edad, pero realmente son 5: está desnutrido. Juega en el suelo de tierra con una caja llena de ligas y una pala plástica. No lleva vestimenta, solo unos interiores azul oscuro sobre la piel tan fina como un guante quirúrgico. Se notan sus clavículas, sus costillas y la columna. Está un poco sucio, pero no le importa, se ríe.

—Me costó mucho recuperar a mis hijos, porque me exigieron casa con todo y trabajo. Mi papá me consiguió una en San Carlos, estado Aragua, y también un empleo, pero me despidieron y me vine para Caracas. Estuve en la casa donde se quedaba una de mis hermanas, pero me corrieron un día a las diez de la noche. Entonces me fui a la invasión del colectivo Los Sin Techos en la avenida Urdaneta y después me metí en la invasión de una pensión en la parroquia San Juan. En una de las primeras habitaciones viví con mis hijos, que me los devolvieron porque ya tenía un lugar seguro para ellos, pero en la madrugada la Guardia Nacional llegaba para registrar el lugar y todo el mundo tenía que salir. Eso era muy feo. Menos mal que mi hermano Jaime, que vive acá, me dijo que me viniera para acá —explica Johana mientras prende un cigarrillo.

A 40 metros diagonales al rancho de Johana hay unas toscas escaleras angostas de cemento y sin barandas. Cada escalón tiene más de 30 centímetros de alto y al lado de las escaleras hay un montículo con restos de otros ranchos: láminas de zinc viejas, tubos, rejas, ventanas de hierro oxidadas, puertas hechas a mano. Después de tres metros, al finalizar las escaleras, hay una cerca que da paso a un patio minúsculo y a la entrada de la vivienda.

El patio también está colmado de escombros y otros dos niños en interiores juegan mientras su papá refuerza el techo con láminas de acero. Por estar montanda en una lomita, la vivienda se ve más alta que las demás, pero además de la lomita, tiene efectivamente es más alta: mide, en promedio, tres metros de altura. Las paredes de madera que conforman el rancho son de distintos tamaños y una de ellas es enorme y curva. La fachada está pintada de turquesa y tiene varias ventanas cortadas con precisión. En el suelo abundan bolsas pláticas y chapas, y los niños, sucios, parecen hechos de tierra. Al final de la tarde el sol pierde su fuerza, y llega la brisa caraqueña para acariciar el cabello de uno de los chicos que vive en aquel rancho surrealista.

Del lado derecho de la lomita de la casa hay dos tubos plásticos, comunes para todos en El Naranjal 3: el más grueso es de aguas negras y el finito de las blancas. Son los tubos matrices, pero no todas las viviendas están conectadas a ellos porque muchos de los tubos fueron arrancados por las lluvias. Entre las tuberías y la tierra, una piedra oscura con escalones tallados guía otro camino hacia las casas que están en la parte alta de la montaña.

Siguiendo ese sendero, en una zona muy empinada y de difícil acceso, está el hogar de Verónica Salinas y Juan Francisco Castillo. Él se halla en una esquina de su casa y usa una pancarta como techo para el tendedero; ella acaba de salir del rancho. Verónica es una barloventeña de 27 años y asegura saber hacer de todo. Juan Francisco es un colombiano de 29 años y, después de haber estado durante 10 años en el estado Táchira, decidió probar suerte en la capital. Ella estudió hasta primer año en el liceo y a él le faltó un año para graduarse de bachiller. Ninguno de los dos tiene un empleo formal: Verónica prepara las empanadas y el café que Juan Francisco vende en la avenida principal de El Cementerio todas las mañanas, de lunes a viernes. Hace 6 años Verónica tuvo a Daniela, copia fiel de su madre. Según Verónica, su casa es parte de la invasión Narazaret que está al otro lado de la montaña, pero sus vecinos aseguran que es esa la última casa de El Naranjal 3.

Verónica supuestamente es mundana y Juan cristiano. Su vecino Wilfred es su hermano de religión: hace un año le dio asilo en su casa a la familia y después de varios meses Juan decidió invadir una de las casas abandonadas. Dicen que son pocos los cambios que han hecho al rancho, porque estaba en buen estado. El baño de la casa de Juan y Verónica está afuera, entre cuatro tablas de madera y un pedazo de zinc. Tienen poco tiempo en la comunidad, pero ya instalaron los cilindros plásticos que bajan el agua sucia a lo largo del cerro.

La barloventeña, como Johana, también hace manualidades con *foamy*. Suele preparar cotillones, tarjetas y adornos. Todo el día se la pasa en su rancho con Daniela. Sale muy poco y cuando lo hace no le provoca subir porque el camino es largo.

—Me quiero ir, pero me gusta esto así, solo. A veces me siento aquí afuera y veo eso tan bonito. No hay vecino que me molesta ni yo lo hago —manifiesta Verónica mientras respira profundo y mira el horizonte: algodones gigantes nadan en

el celeste vibrante, como queriendo tocar las montañas de bloques naranjas que se funden con lo colorido de los edificios de la selva asfaltada.

Juan Francisco está en proceso de adquirir la nacionalidad venezolana. Quiere casarse con Verónica y también espera mejorar las condiciones de vida de su familia. Hace poco, le compró a un vecino que se iba un combo de cocina, nevera y lavadora en 1.700 bolívares. Para él fue todo un negocio, porque no hubiera podido conseguir lo mismo al mismo precio en ningún otro lado. Verónica lo abraza mientras habla y cuenta cómo inició su vida en El Naranjal 3. Hace semanas tumbaron el rancho que estaba al lado de la casa, porque varios muchachos lo estaban usando como escondite para consumir drogas. Aunque el terreno está en peligro, Verónica y Juan quieren tener otro hijo y criarlo allí.

—Cuando llueve en la noche no duermo. Me da miedo, pero yo estoy con Dios y esto no se va a caer —dice Verónica sobre el rancho donde ahora vive y la zona en peligro.

A veces Verónica, Juan y Daniela se van a Río Chico, en el estado Miranda, los fines de semana para visitar a la familia y, si es necesario, ir a algún ambulatorio.

—Gracias a Dios no nos hemos enfermado. Pero si tengo que llevar a la niña al médico las cosas son más fáciles en Caucagua o en Río Chico porque no hay mucha población. Aquí, en Caracas, todo es difícil —expresa Verónica.

"*PRA, PRA, PRA, PRA, PRA, PRA, PRA, PARA",* una ráfaga de disparos secos silenciaron las cornetas de los carros en la autopista Norte – Sur. Una caravana de 32 motorizados gira alrededor de una carroza fúnebre que va hacia el Cementerio del Sur. "*PRA, PRA, PRA, PRA, PRA, PRA"* repican de nuevo y Verónica interrumpe.

—Eso siempre lo hacen. Le dan vuelta a la urna como si fueran a revivir al muerto. Todo el tiempo disparan. Eso es normal aquí —comenta la barloventeña de ojos más negros que el alma de un criminal. Tal vez por la larga distincia parece no temerle a las balas. Juan Francisco toma café y mira sin alarmarse.

Se detienen los carros y las motos hacen caballitos. Hay más de doce carros, camionetas y buses atiborrados de gente: una larga cola antes de entrar al túnel. Según el director y los expertos del Laboratorio de Ciencias Sociales (Lacso), Roberto

Briceño-León, Olga Ávila y Alberto Camardiel, en Venezuela las armas de fuego dejaron de ser un instrumento de protección y defensa de los ciudadanos para convertirse en un nuevo detonante de la violencia. Según un estudio del Observatorio Venezolano de Violencia (OVV), en el año 2007 el 90% de los homicidios se llevaron a cabo con armas de fuego.

En los barrios, las pistolas, los fusiles y las escopetas son signo de autoridad y poder, pero han proliferado a tal punto que los mismos malandros no se molestan en tener *gallinas lijadas* —armas sin serial—. No se usan solo para cometer crímenes: unos tiros al aire también pueden demarcar la plaza de la droga —donde se vende—, signo de júbilo o de duelo, y hasta la distracción de algunos cuando llevan tragos de más.

Los disparos han cesado. Solo se escucha el andar de los carros, y la brisa fuerte mueve la pancarta gigante. Juan Francisco termina su café y tira el vaso. Verónica se pone un suéter rosado porque ya está pegando el pacheco mientras Daniela, retraída, juega con el perro.

De las cifras rojas a El Naranjal 3

—Hoy a las dos de la tarde van a enterrar a un nieto mío. Se llamaba Guillermo Azócar Yánez y lo mataron el sábado a la medianoche por Ciudad Miranda pa' quitarle lo que tenía. Trabajaba en un estacionamiento y estudiaba. La cara se la pusieron…bueno —arruga el rostro con rechazo—. Yo no sé por qué hay tanta matazón. El día que lo mataron a él estaban recogiendo tres cadáveres en Ocumare —dice la doña Gabriela cabizbaja.

La noche del sábado 13 de agosto, cuarenta detonaciones estremecieron la manzana número 66 de la urbanización Ciudad Miranda en Charallave, estado Miranda. El cuerpo de 19 años de edad, no fue identificado inmediatamente por los funcionarios del Cuerpo de Investigaciones Penales y Criminalísticas (Cicpc) de los Valles del Tuy: tantos impactos desfiguran el rostro. Nadie vio nada. La novia del difunto pronto dará a luz. Guillermo sumará un caso más en la cifra de homicidios del Cicpc del año 2011. Según el OVV, el año pasado hubo un total de 17 mil 600 casos

de asesinatos en el territorio nacional. Lamentablemente a veces los muertos, más que cuerpos de personas fallecidas, se convierten en números y estadísticas.

En el Distrito Capital hubo entre 4 mil y 5 mil casos de homicidios del total registrado en el 2010, según el OVV. Caracas se ha posicionado como una de las ciudades más violentas del mundo, con una tasa de 57 homicidios por cada 100 mil habitantes.

A pesar de que Gabriela Campos, Betty, Jessica y Verónica consideran que El Naranjal 3 es una zona tranquila en materia de criminalidad, Juan Francisco y doña Gabriela han sido testigos de varios robos en la Cota 905. "Durante un tiempo cuatro maleantes asaltaron camionetas y carros en plena vía. Se montaban con pistolas y metían en una bolsa negra celulares y carteras de la gente. De una camioneta pasaban a la otra. Así. Boleta", manifiesta la señora Gabriela.

—En El Naranjal 3 hay malandros y es normal encontrar a gente consumiendo su vaina, pero yo sigo mi camino —comenta Juan Francisco.

En las comunidades populares es común encontrar a quienes se dedican a asesinar, incluso muchas veces surgen bandas que se enfrentan por dominar el negocio de las drogas. Tal vez en El Naranjal 3 no es común que haya homicidios debido a la poca cantidad de personas que habitan en el territorio, pero por lo difícil de su inicio y lo marginal de su situación, a medida que la invasión evolucione pueden surgir nuevos problemas de violencia urbana.

"Cada muerte en el barrio es una cadena de historias. Muchas veces se van a la tumba y otras permanecen en el día a día de los que quedan. (…) En muchos [Nota de redacción: barrios] la gente tiene que dejar las viviendas, pues corren peligro de muerte. (…) La violencia no solo está afectando la vida cotidiana de los barrios, sino también su proceso de mejoramiento", comenta Teolinda Bolívar acerca de uno de los nuevos fenómenos en zonas populares: los desplazados por violencia.

Ya es de noche, encendieron las luces de la cancha y hay 10 muchachos jugando futbolito, otros 19 esperan. Algunos no son tan jóvenes. A un negrito de unos 14 años de edad lo sujetan por la camisa y está suspendido en el aire. Otro muchacho más grande lo patea duro por el trasero. Una, dos, tres, cuatro, cinco seis, siete patadas. El negrito llora.

Caravana fúnebre en la autopista Norte – Sur vista desde El Naranjal 3

—¿Por qué lo están pateando así? —le pregunta un joven a otro de lejos.

—Ese menor es muy rebotado. Todo el tiempo anda *malandriando* y tiene que bajarle —responde.

Lo soltaron y siguen pateando. El negrito se queda tranquilo, pero los mira con la sangre acumulada en los ojos. Hay 6 motos al frente de la bodega de doña Gabriela, en la vía principal, y algunas personas toman cerveza. La doña está sentada en su máquina de coser. El equipo de la casa de Gabriela Campos está encendido y suena Rubén Blades con su *Pedro Navaja*. De pronto Adolfo, el esposo de Gabriela Campos, abre la puerta: tiene puesta una bata de baño y se afeita la barba mientras camina hacia la bodega. Esta noche Adolfo no dormirá en el refugio con su familia, prefiere quedarse en el hogar que levantó.

En la parte de atrás de la cancha tres muchachos comparten un tabaco de marihuana. Se alejan de los demás para que no pegue el olor. Un par de los que estaban jugando se acercan a ellos "pa' darle dos a la chicharra".

Desde la cancha se ven algunas casuchas con luces titilantes. Los caminos de la montaña son tan oscuros que no se sabe ni lo que se pisa ni lo que hay al frente. El paso en falso está como expectante, esperando hacer de las suyas para ver a alguien caer. Solo sirven de guía las pocas luces de los ranchos con ocupantes. El olor a heces aumenta sobre la marcha y el suelo se pone pegajoso. Ya no hay niños ni perros. Desde la montaña de El Naranjal 3 ya no se ve el Comando Regional Número 5 de la GNB, pero al frente brillan las luces de los carros en el distribuidor La Araña y, más allá, de los ranchos y casas en los barrios Los Eucaliptus y El Guarataro.

Capítulo III: Villa (des) Esperanza

Calle principal de Villa Esperanza, parroquia Caucagüita, municipio Sucre

El corazón de la villa

La cancha estaba empantanada después del aguacero del sábado, 18 de junio. Diez años atrás, cuando Iván Torres y sus amigos Lainer Vásquez y José Narváez estaban en sus veintes, encontraron un terreno perfecto para jugar fútbol: era plano, firme, y les quedaba cerca, justo en la base de la colina donde se alzaba el barrio Ramón Brazón que llamaban hogar. Procedieron a desmalezarlo y al poco tiempo, sin saber lo que surgiría una década después, nació la cancha rudimentaria que se convertiría en el espacio de encuentro para los vecinos de las comunidades cercanas.

Al día siguiente, en Villa Esperanza el sol comenzaba a evaporar el agua que dejó la lluvia. Villa Esperanza es uno de los casi 100 sectores que conforman la parroquia Caucagüita en Sucre, municipio que ocupa el extremo este de la ciudad de Caracas y que posee el 20% del territorio del Área Metropolitana. Sucre podría contener 17 mil campos de fútbol; Caucagüita, 5 mil 200.

Pero Caucagüita está lejos de contar con una topografía apta para hacer 5 mil 200 campos de fútbol. Ubicada en una zona montañosa, según el Consejo Metropolitano de Planificación de Políticas Públicas allí 60 mil 507 personas viven en terrenos que versan sobre manantiales subterráneos. Precisamente esa característica es raíz de uno de los principales dolores de cabeza de quienes deben desarrollar políticas públicas en la parroquia y más aún de quienes habitan en ella: los suelos están en constante erosión, en constante movimiento, en constante peligro de colapsar.

Cerca de un restaurante improvisado con láminas de zinc y tablas de madera mohosas le cortan el cabello a un morenito de cuatro años ese 19 de junio. El pequeño forma parte del 27% de la población del municipio que se encuentra en edad escolar, pero la escuela más cercana está en Araguaney. El colegio de Araguaney tiene cupos para los vecinos de los bloques de la urbanización y para quienes viven en Brisas de Turumo, el 19 de Marzo, el Ramón Brazón, pero pocos niños de Villa Esperanza logran inscribirse allí y deben acudir a Petare para estudiar. Según Víctor Rodríguez, ese 27% es el grupo más importante, el que se debe atender con mayor celeridad, pero muchos factores impiden que así sea.

Víctor Rodríguez es un hombre delgado, de ojos saltones, arquitecto de profesión. Al Carlos Ocariz ganar los comicios en las Elecciones Regionales y Municipales del año 2010, Víctor fue nombrado presidente del Instituto Municipal de Vivienda y Hábitat de Sucre (Invih Sucre). Para él, los niños y jóvenes son el futuro, y los mayores usuarios del espacio público. Los espacios como la cancha son para él la clave al momento de elaborar políticas de vivienda y urbanismo puesto que la ausencia de ellos, como también señala Marta Vallmitjana, genera problemas de orden social que empobrecen la calidad de vida de los ciudadanos. Según ONU Hábitat, se recomienda que existan al menos 10 metros cuadrados de espacio público por habitante; en las zonas populares del Municipio Sucre, existen 0,36 metros cuadrados. La cancha es, definitivamente, un lujo.

Frente al restaurante hay dos grupos de personas tomando cerveza en la calle principal que bordea la cancha. Es día del padre, un día especial, pero no es esa la razón de la ingesta de alcohol: todos los días, a toda hora, está presente el alcohol en Villa Esperanza. Quizás las *birras* no sean signo de celebración, pero del otro de la calle hay cuatro cornetas marca *Peavey* que sí lo son: cada una mide más de un metro de altura, y todas juntas vibran salsa vieja a todo volumen. Es la música la mayor evidencia de los ánimos de festejo.

En una de las casas que están al sur de la cancha, en una zona que el Instituto Nacional de Parques (Inparques) calificó como “no apta para construir viviendas”, están acomodando una lona amarilla que servirá de corral para peleas de gallos.

De pie frente a quienes beben, Iván contempla la cancha. Tiene piel muy oscura, labios gruesos y nariz chata. Es alto y enjuto, pero la franelilla gris sin mangas que lleva puesta permite apreciar su espalda ancha y brazos fornidos, largos, deportistas y hacendosos. Padre de dos niños, a Iván la vida lo llevó primero a abandonar sus estudios en séptimo grado de bachillerato y dedicarse a la construcción para sobrevivir, pero luego también ejerció como electricista y tomó la costumbre de destinar sus energías a cualquier oficio que traiga pan a la casa.

Con 1.77 metros de altura y 33 años de edad, Iván asegura que ninguna de las viviendas de Villa Esperanza ha sido construida con ayuda del Gobierno regional ni nacional, y que cada uno de los bloques, láminas de zinc y tablas de madera fueron

trasladados por sus propios pobladores. Poco a poco la comunidad fue levantando las casas: la madre soltera que no tenía fuerza para cargar los materiales hacía las arepas para los hombres que, con sus manos por máquinas, pegaban uno a uno los bloques; si a alguien le sobraban materiales los regalaba a quien necesitara y no tuviera manera de adquirirlos; durante los fines de semana, después de las jornadas de trabajo de construcción, en la calle se hacía una enorme olla de sancocho para todos. Se fue tejiendo así un nexo social que resultó, por un lado, en camaradería, y por otro, en una organización que se tradujo en el establecimiento de reglas claras de convivencia y, eventualmente, en la conformación de un Consejo Comunal.

—Cuando comenzaron a invadir aquí, José, Lainer y yo estuvimos pendientes para evitar que se metieran a la cancha y gracias a Dios la gente siempre lo respetó — cuenta Iván.

En un principio Iván y sus amigos se encargaron de proteger la cancha, pero según Mery García, actual vocera del Consejo Comunal, la intención de los muchachos era respaldada por la mayoría y no hubo problemas convenciendo a los pocos que querían tomarla: "esto aquí los fines de semana es como un festival, te pasas un día tranquilo con música, juegos, los niños juegan o ven su fútbol ¡de todo! Todo un día de *camping*. Por más que sea no podíamos quitarle ese espacio a los muchachos. Mi hijo, el adolescente, va y juega ahí; cuando llueve las mías chiquitas van y se mojan con agua de lluvia ahí. Era una zona que había que respetar".

Además de salvaguardar la cancha, también se acordaron algunas normas para evitar futuros conflictos: estaba prohibido robar a otro vecino, no se podía maltratar a los niños, y las drogas estaban vetadas. Según Mery, hasta ahora al menos cuatro personas han sido expulsadas por incumplir el convenio, una de ellas un tal Pedro, muchacho joven de Barlovento que no estuvo en la comunidad el tiempo suficiente como para que por allí recuerden su apellido. A los pocos días de haber llegado a Villa Esperanza robó una cocina y dos bombonas de gas para venderlas. "Cuando descubrimos quién había sido, le dijimos que tenía quince días para buscar cómo irse y lo sacamos". Cuando alguien incumple las normas, se le llama a capítulo debe partir.

Entrada principal a Villa Esperanza

Cancha de Villa Esperanza

Por lo general quienes aspiran a ser nuevos vecinos de Villa Esperanza son familiares o conocidos de alguien que ya vive allí, pero eso no exime a nadie de pasar un período de prueba. Tras el incidente con Pedro, el Consejo Comunal Villa Esperanza decidió picar adelante: todo el que quiera formar parte de la comunidad debe presentar una carta de referencia firmada por el Consejo Comunal del lugar de donde proviene. Si no existe tal Consejo Comunal, pasa automáticamente al período de prueba.

Iván vive a 65 metros de la cancha que alguna vez ayudó a establecer, pero técnicamente no vive en Villa Esperanza sino en la parte alta del Ramón Brazón que se erige detrás de una pared. Normalmente a quien no es de allí no se le conoce, pero no es el caso de Iván: "para nosotros la parte de arriba, el Brazón, es como si fuera Villa Esperanza. Lo que pasa es que allá el Consejo Comunal está más organizado y es más fácil recibir ayuda".

Además, Iván tenía un año en su propio ranchito cuando surgió Villa Esperanza, no necesitaba más.

—Yo invadí en el Brazón hace como 7 años, en un terreno que tenía vigilado mi primo. Al principio vivía alquilado con mi familia en una casa de la parte baja del Brazón y visitaba mi ranchito para darle calor. Eso fue una ventaja que tuve, porque cuando las lluvias hubo gente que no tenía nada y montaba su rancho a duras penas para poder vivir —comenta Iván.

Según Rodríguez, la mayoría de los venezolanos que acuden a la auto-construcción para resolver su problema de alojamiento no cuenta con la capacidad económica para pagar alquiler y construir simultáneamente. Iván tuvo la suerte de conseguir un trabajo cimentando la estación de metro Teatros, en el 2008, y de no recibir el pago sino hasta culminar los siete meses de voluntad y sudor. Terminada la obra, recibió los 21 mil bolívares que le sirvieron de impulso para comprar bloques, terminar su rancho, y tener la primera vivienda que ha podido considerar suya, su primer patrimonio.

A pesar de no vivir en la comunidad, cuando no está matando tigres Iván llama a los niños del vecindario y los entrena para jugar fútbol no solo porque le gusta sino porque piensa que para evitar la delincuencia y la violencia urbana el deporte es

el mejor de los quehaceres: ocupa el tiempo para evitar los malos hábitos, enseña normas y disciplina y permite desarrollar el compañerismo y el trabajo en equipo. Omar Fierro, presidente del Instituto Autónomo Municipal de Deporte y Recreación del Municipio Sucre (Iamder), sigue la misma línea de ideas, y es por ello que además de ayudar a construir la cancha se sentaron las bases para iniciar una escuela deportiva en la zona. Iván, Lainer y José estarán a la cabeza de la organización.

José Narváez tiene 31 años de edad. Cerveza en la zurda, saluda a Iván con la mano derecha. Comparado con Iván es harina de otro costal: pequeño, moreno y relleno. Usa gorra para protegerse del sol, bermudas para sobrellevar el calor, franela clara y zapatos marca *Converse.* Hace 10 años tuvo un accidente con un cable de alta tensión y casi muere, pero afortunadamente después de 7 meses en el hospital con quemaduras por todo el cuerpo, logró sobrevivir para seguir jugando fútbol en la cancha, trabajar como supervisor de almacén y seguir formando parte de una de las 270 familias que conforman Villa Esperanza.

La tarde del accidente José estaba en la platabanda de la casa de su amigo Richard Balseiro. Era una fiesta de fin de semana en el sector Araguaney. Había llegado otro de los invitados. José estaba al lado de Richard en el balcón cuando éste levantó la mano la indicarle que subieran y tocó un cable de alta tensión. Richard Balseiro murió inmediatamente y José tuvo quemaduras por todo el cuerpo. A pesar de que cada 6 meses tiene que hacerse un electrocardiograma, José no ha abandonado el fútbol.

José vive en Villa Esperanza desde el 2007, pero se siente nativo de allí porque sus padres vivieron siempre en la zona, en el Ramón Brazón donde vive Iván. Fue su padre quien invadió el terreno donde él reside hoy con su esposa, Francis Mendoza, y sus hijos Ronny de 5 años y Roger de 7. El señor Narváez, padre de José, nunca tuvo la intención de mudarse a Villa Esperanza, pero quiso procurarle un lugar a su hijo mayor para que pudiera comenzar su propia familia. Terreno en mano, José consiguió acumular dinero a través de varias cooperativas, así como gran parte de los vecinos, y construyó su hogar.

El papá de José es carpintero y lo ayudó a construir parte de su ranchito en sus inicios, pero actualmente la vivienda de José es de bloques y tiene 2 habitaciones.

Hace poco echó la placa de cemento del piso y espera conseguir algo más de dinero para seguir construyendo.

Siete son los años que José lleva trabajando como supervisor de almacén en las industrias caseras. En ese tiempo estableció una relación con su jefe que se mantiene aún hoy en día: muy agradecido, José cuenta con su apoyo para patrocinar los uniformes, tacos y balones que utilizan actualmente los niños del equipo de fútbol.

"Nosotros estamos luchando esta cancha desde el año 2003 y nadie nos había parado. Aquí han llegado muchos funcionarios y llenan actas, pero más nunca vuelven. El año pasado la Alcaldía de Sucre aceptó el proyecto de la cancha y nos están ayudando". En el marco de los esfuerzos del Invih Sucre para elevar de 1,33 metros cuadrados por habitante a 2,67 metros cuadrados por habitante los espacios públicos del municipio, Iamder logró alinear su intención de promover el deporte para recibir los recursos necesarios para acondicionar lo que hoy en día comprende la cancha de Villa Esperanza. Lamentablemente, a pesar de haber construido un muro para evitar el derrumbe del terreno de la cancha, Iamder no ha logrado su cometido.

"Las lluvias han derribado el muro dos veces y además cuando se embarra no se puede echar el piso. Antes había sol pero no había plata para echarlo; ahora hay plata pero no deja de caer el palo de agua. Está difícil", asegura Omar Fierro. Fierro es un hombre rechoncho, de cabellos negros y sin reparos para sonreír a pesar de lo torcido de sus dientes. El 19 de agosto estaba acompañando al alcalde en la inauguración de un ambulatorio en la parroquia vecina cuando el edil le pidió que hiciera una inspección de la obra que, tentativamente, se culminaría el 16 de septiembre. A bordo de una motocicleta *Empire* Fierro no tardó más de 10 minutos en llegar y comprobar lo deplorable de las condiciones del muro. Con la oreja fija en su *Blackberry* esperó a que el asistente de Ocariz atendiera el celular antes de fruncir el seño y sentenciar: "vamos a echarle pierna, pero yo creo que no va estar lista para esa fecha".

En los asentamientos informales las viviendas están en continua construcción. En los asentamientos del tipo C-4 se coexisten ranchos de uno y de dos pisos

Rancho reciente en Villa Esperanza

De Los Agravios a la nueva villa

Mery necesita utilizar los dedos para llevar la cuenta de la cantidad de domicilios que ha tenido. Tan pronto advirtió que en su casa de Los Agravios, sector de Ramón Brazón, había grietas por lo deslizamientos del terreno, se dispuso a realizar un censo de las personas afectadas.

La experiencia y su formación como Trabajadora Social le han enseñado a esta colombiana de nacimiento, venezolana de corazón, que sin números, datos y firmas ninguna de las puertas que se tocan en el gobierno se abren. Llevó la información sobre las familias, con fotografías de los daños, a la Junta Parroquial y al Juez de Paz de la zona. Tras cartas y visitas a Protección Civil, logró que se hiciera una inspección en el área: "ellos vinieron a pasarle revista a toda la zona afectada y lo primero que me dijeron, que no fue muy alentador, fue que me preguntaron si estaba cuidando a mis hijos o a cuatro láminas de zinc. Me tenía que ir y ¡cónchale! traté de convencer a las demás familias pero nada más nos fuimos tres. Nadie quería irse a un refugio y nos querían llevar a Palo Verde".

Mery se fue, pero no a un refugio: no quería exponer a sus cuatro hijos pequeños a un ambiente que no conocía, con reglas que no eran suyas y gente que nunca había visto. Muchos en Los Agravios permanecieron inmóviles con la resignación de sobrevivir esperando lo inevitable porque las calamidades se pasan mejor en territorio conocido, pero tras el pronunciamiento de Protección Civil ella estuvo entre quienes buscaron una alternativa: "yo no podía irme a trabajar y dejar a mis niños ahí. Mi esposo se había ido con otra mujer, pero su mamá vive en Barlovento y yo la llamé. Yo la llamé y ella me dijo que a un albergue no me fuera, que fuera para su casa, y me vino a buscar. Me fui con mi muchachero".

Los Agravios era un cerro ocupado. En los cerros ocupados las lluvias presagian catástrofes: viviendas caídas, esfuerzo disoluto, vidas perdidas. Desde la cancha se ve el sector, y allí aún habitan algunas familias que hicieron caso omiso a las advertencias de los oficiales de Protección Civil que seis años atrás ordenaron desalojar la zona, pero hoy en día son pocos los que, con el pasar del tiempo, han dejado pasar la oportunidad de buscar mejor vida en la Villa Esperanza que surgía entonces y que continúa expandiéndose ahora.

En Caucagüita, el 84% de las personas pertenece al estrato social E. Para una comunidad que pretendía recomenzar en otro lugar, la cifra no era muy consoladora, pero la esperanza de un nuevo comienzo sin el pesar de una muerte anunciada impulsó una migración progresiva hacia la base de la colina, en las adyacencias de la cancha, a unos metros de un río y la carretera. Precisamente esa esperanza, ese anhelo de superación, fueron los que en una asamblea abierta dieron nombre al sector.

El río era un buen indicio: no les faltaría el agua. Dieron por sentado que el acceso a la carretera significaría transporte público para la comunidad, pero las camioneticas que llegan hasta allá no tienen horario fijo durante la semana, no trabajan los fines de semana, y cobran el doble de la tarifa regulada por el Instituto Municipal Autónomo de Tránsito (Imat) del municipio.

Los sábados y domingos, cuando es que hay tiempo de hacer mercado –porque toma todo el día-, no hay quien esté dispuesto a manejar hasta Villa Esperanza y las camioneticas más cercanas llegan y salen de Araguaney. Si no consiguen quién les haga la carrera en motocicleta hasta la parada, casi dos horas después de caminar llegan a Araguaney, esperan el transporte, pagan 5 o 6 bolívares –en vez de los 3 bolívares reglamentarios-, llegan a Petare, compran los víveres allí o pagan unos cuantos bolívares más para llegar hasta Makro La Urbina o algún otro automercado de Caracas. Tras pagar la comida, finalmente hacen la misma travesía de vuelta pero con bolsas en las manos y muchas veces con las quejas de muchachitos cansados a cuestas, pesándoles como plomo sobre el cuello.

Mery regresó a Caucagüita poco más de un año después de haberse ido a Barlovento. Mientras estuvo allá, fue Presidenta del Comité de Salud de la comunidad y construyó unas caminerías, conectó unas tuberías de aguas negras y ayudó a instaurar unos pozos sépticos con el apoyo del entonces gobernador de Miranda, Enrique Mendoza, y de Vicente Apicela, alcalde del Municipio Acevedo. Su mamá, colombiana de Cartagena, fue a visitarla un día a Barlovento y se consiguió con una hija 10 kilos más delgada cargando maderas y clavando picos. “Me dijo que me buscara un trabajo que no fuera ese porque me veía demacrada y yo busqué, pero no conseguí nada, y regresé a Cacagüita”. Mery había llegado allí al Municipio Sucre a los 18 años, cuando aún era el Distrito Sucre, de la mano de su esposo venezolano. La

necesidad la había hecho trasladarse a Barlovento, pero ahora la necesidad le reclamaba volver.

De vuelta en el Ramón Brazón vivió alquilada en la parte de arriba, luego en la parte de abajo, pero cuando escuchó de la invasión que estaba consolidándose buscó suerte allá no solo porque conocía el lugar, sino porque conocía también a las personas que residían ahí. Mujer de palabras decididas, Mery piensa que ante la necesidad se tiene derecho "a resolver por los propios medios". Ella se consideraba en necesidad, y por tanto en condiciones de dejar de pagar alquiler, tomar un terreno, y constituir su propio hogar. Hoy en día su rancho es de platabanda y tablones rosas, pero está en proceso de ampliarlo y sustituir las maderas por bloques.

Dentro de su casa, dos pacas de seis sacos de cemento cada una fungen de mesa hasta que tenga la oportunidad de pegar más bloques. Está limpia y ordenada, pero es demasiado pequeña para las doces personas que viven allí: ella, sus cuatro hijos, su nuera, su nieta, el esposo que la dejó pero que volvió tras enfermarse, y las cuatro niñas que tuvo él con la otra mujer.

Por lo pronto, Mery dedica un fin de semana a comprar alimentos y un fin de semana a construir. Entre sus actuales prioridades como representante de la comunidad tiene el reunirse con los transportistas para convencerlos de que se turnen los fines de semana, aunque cobren más, porque de cualquier manera la camionetica sería más económica que el taxi que toma cuando le alcanza el dinero. Según el Imat, se está realizando un estudio para determinar la cobertura actual del transporte público para proveer el servicio donde sea necesario, pero según Mery, "del papel a la realidad siempre hay mucho, pasa mucho tiempo, y no necesitamos un estudio que nos diga que aquí falta transporte". No solo por su comunidad, sino por ella misma, quiere lograr conseguirlo: "si eso se lograra, ¡imagínate! Se acabaría el Via Crucis del mercado".

Mery García frente a su casa

Interior de la casa de Mery García

Penurias habituales

La frecuencia de hacer mercado varía dependiendo del dinero disponible. Mery lo hace cada quince días porque el sueldo de su trabajo como enfermera de un niño autista en Prados del Este es suficiente para acopiar en su casa dos veces al mes, pero hay quienes tienen que adquirir los productos hasta dos veces a la semana y, por lo tanto, pasar por el trajín que implica luchar contra el hambre con mucha más frecuencia de lo que pareciera posible soportar.

En todas las vías principales del municipio hay al menos una bodega, pero el precio de venta de los bodegueros es, por lo general, sumamente mayor al Precio de Venta Sugerido (PVS). A los bodegueros les es difícil abastecer sus negocios, bien sea porque no tienen capacidad financiera para comprar al mayor o porque no cuentan con el vehículo apropiado para transportar cargamentos grandes. Por razones como estas, sus productos se encarecen, para muchos vecinos se tornan inaccesibles, y a pesar del cansancio que implica, resulta más económico comprar en Petare.

La señora Gladys es una de las que no puede planificar el momento de comer porque depende de lo que su hijo menor le pueda pasar. Hay vecinos, como Mery, que le regalan arepas y pagan por ella los 10 bolívares de comisión para el muchacho que trae el agua potable. Cerca de su casa hay un pequeño negocio donde se consigue chicle, refrescos, a veces hasta Harina Pan y enlatados. Pero ese negocio no se mantiene en pie por la venta de pasta o granos, sino por la cerveza: es más demandada, más económica, y siempre está disponible.

En un principio la señora Gladys se quedó en Los Agravios: recién llegada del estado Carabobo y fugitiva del asesino de su hijo mayor, no tenía otro lugar a dónde ir. Para ella la vida en Valencia era más sencilla porque se le hacía más hacedero sobrellevar las dificultades en territorio conocido, con manos solidarias cerca, pero cuando el homicida de Jacinto la amenazó, decidió desertar la tierra de su familia y con sus 61 años y la ayuda de su —ahora— único hijo levantó una morada de tablones.

Tras un año desde el anuncio fatídico, a “La Chachi”, como le dicen, la ayudaron a trasladarse para Villa Esperanza cuando su rancho comenzó a agrietarse

más. Tenía bajo su cuidado a la hija del difunto Jacinto, una niña de once años que luego, al cumplir 15, trajo al mundo a la primera bisnieta de la pequeña familia. El hijo que le quedaba vivo se había casado y se había mudado cerca del Cementerio del Este, pero el joven de veinticinco ayudó a su madre a instalarse y luego a conseguirle una habitación alquilada a su única sobrina, ahora madre soltera.

La señora Gladys es parte del 84% del estrato social E que vive en Caucagüita: su zona no está urbanizada, es autoconstruida; aunque el agua no suele escasear, los servicios de aseo y electricidad están presentes de manera deficiente; las tres paredes inestables de su rancho —porque la cuarta es la pared de su vecina— están erigidas sobre la tierra, sin piso, bajo una alfombra para evitar el barro y un techo de láminas de zinc. El baño —si pudiera llamársele así— es un hoyo que llega a un pozo séptico, y una nevera descompuesta funge de clóset, la motocicleta averiada de su hijo es un estante y un par de sábanas gastadas separan al cuarto de la cocina.

Para el momento en que llegó a Villa Esperanza, ya la comunidad había superado las órdenes de desalojo que suelen acompañar al inicio de una invasión. En la zona había un proyecto para construir una planta de tratamiento de aguas servidas, pero la voluntad existía solo en papel —desde hacía años— y no en acción. Los únicos espacios humanos en medio de aquellas tierras de Dios, vírgenes y silvestres, eran unos galpones donde antes había funcionado una embotelladora de la 7Up, luego una planta de tratamiento de gases clausurada porque la toxicidad contaminaba el aire que llegaba a Ramón Brazón, el terreno demarcado con tiza por Lainer, Iván y José, y las pocas viviendas que habían comenzado a brotar.

Tres años después de la llegada del primer invasor, el concejal por la parroquia, Freddy Vegas, ordenó a los ocupantes abandonar el terreno. Lideró una comisión para la evacuación y realizó una reunión en Ramón Brazón a la que asistieron también oficiales de Defensa Civil y personas tanto de Villa Esperanza como del sector aledaño, El Aguacate. Para contar con un sistema de aguas negras, lo más sencillo para quienes estaban en Villa Esperanza era conectar sus tubos al tubo matriz de El Aguacate, pero la señora Rosa, representante de aquella comunidad, expresó su inconformidad con la toma de los terrenos alrededor de la cancha y se negó a permitir la conexión. La comisión oficial allí presente, amparados en la ilegalidad de las invasiones según la Constitución Nacional, informaron que les

negarían el acceso a esa tubería, a la instalación de un sistema de aguas servidas, y al establecimiento de postes de luz. Mery afirmó que a ningún ser humano podían negársele esos servicios, que era un atropello a sus derechos, pero salió de allí con las tablas en la cabeza, molesta y angustiada, pero resuelta "a resolver". Lo había hecho en Barlovento, podría hacerlo aquí también, y tenía a su favor el conocimiento para formar el Consejo Comunal y obtener reconocimiento oficial de parte del Gobierno nacional.

Tablas de madera y láminas de zinc

Suelos polvorientos, paredes de madera y sábanas, techos improvisados con láminas de zinc. Así vivieron los primeros tres años los habitantes del lugar que habían decidido llamar Villa Esperanza. Hoy, seis años después de aquella primera invasión, aún hay familias que continúan viviendo en esas condiciones.

La Chachi es una de ellas, pero desde que su hijo quedó damnificado el pasado diciembre espera que regrese y su situación mejore. Ahora Luis solo la acompaña en la fotografía central que está sobre el refrigerador descompuesto, entre una de su hijo Jacinto y de su nieta huérfana. Para pasar el tiempo, Gladys tiene un televisor mediano, un DVD, y un sinfín de películas piratas, pero la electricidad suele fallar y los cambios de voltaje ya han dañado dos televisores de la vecina de enfrente. Tres bombillos titilantes compiten con los rayos que se escabullen por las ranuras de las paredes de madera y de la puerta sin seguro. Ella no se siente amenazada viviendo allí, ni siquiera en la noche, porque dice que las normas son muy claras y que rara vez ocurre un hecho delictivo. Cuando sucede, lo comete alguien ajeno a la comunidad, pero a pesar de hablar con confianza tiene junto a la foto de Jacinto unos collares de santería para protegerse y sobre el televisor, junto a la cama, una estampita.

Interior de la vivienda de Gladys, “La Chachi”

La bisnieta de “La Chachi” juega afuera de la casa mientras espera a su madre.

Zona de galpones

En Villa Esperanza el espacio de los galpones era privado y, por lo tanto, nadie se atrevía a tomarlo. Con el tiempo el dueño dejó de apersonarse, dejó de contestar llamadas, y tras la caída de varias casas en noviembre del año pasado las familias desamparadas del sector lo tomaron.

Jorge Luis García y su esposa Olga son una de las 15 familias que vive actualmente en los galpones. Como otras veces antes de aquella, José y Olga habían vuelto a mover las cuatro cosas que junta la gente con el tiempo, esta vez al segundo galponcito. Olga es originaria de Cartagena, Colombia, igual que Mery, pero se naturalizó venezolana y cuenta con cédula de identidad. Jorge estaba mejorando su rancho, siguiendo el proceso de cambiar los tablones por bloques, pero los aguaceros de finales del año pasado craquearon las bases de cemento y la mitad de la casa se disgregó en un barranco.

Olga y Jorge tienen una hija, Valentina María, de dos años de edad. Al no conseguir refugio para ella y ponerse de acuerdo con otros desamparados, decidieron irrumpir en los galpones abandonados en búsqueda de techo que los protegiera de la lluvia. Cuando iniciaron aquellos aguaceros Olga y Jorge estuvieron entre los damnificados que recibieron las bolsas de comida preparadas por la alcaldía con los suministros provenientes del centro de acopio que funcionó en Plaza Miranda, en el *Millenium Mall* ubicado en Los Cortijos.

Ella se inscribió en la Gran Misión Vivienda y espera obtener respuesta del Gobierno nacional, pero José asegura haber conseguido un terreno para invadir y espera obtener una ayuda de materiales de la Gobernación de Miranda o de la alcaldía para construir y permanecer allí.

Entre las negras y las blancas

Es difícil que las autoridades aprueben una invasión, y Villa Esperanza no fue la excepción. El tesón de Mery había llevado a la conformación del Consejo Comunal

hasta su obtención de RIF y su adecuación. 270 familias compartían Villa Esperanza, hacía falta organización.

"Todos los integrantes de la comunidad nos pusimos de acuerdo para comprar la tubería de aguas servidas y ahora contamos con ese servicio, cada casa puso una cuota de dinero para lograrlo. El segundo servicio que hicimos fue la luz, porque conectamos los cables a un poste. Eso sí, si el poste principal queda sin energía, como a veces ocurre, hay varias casas que se quedan sin luz", comenta José mientras gira la muñeca para botar en el suelo los residuos de cerveza. José fue, precisamente, quien ayudó a Iván a instalar las tomas de electricidad, pero en un principio había solo tres tomas principales. Hoy en día la maraña de cables que rodea el poste evidencia el crecimiento de una comunidad que comenzó con pocas familias y ahora aloja 250, según el último censo comunitario.

La mayoría de los ocupantes de la Villa Esperanza no cuenta con tuberías de aguas blancas. Sin embargo, a pocos metros del poste, en el piso, se vislumbra un tubo plástico de color azul que surte de agua a la casa del señor Germán. "A todos les llegaría el agua si se ponen de acuerdo con los vecinos", explica José, pero a pesar de la camaradería muchos continúan construyendo sus casas antes de preocuparse por servicios comunes.

En el tercer año desde la llegada del primer invasor, el concejal municipal por la parroquia, Freddy Vegas, ordenó a los ocupantes abandonar el terreno. En vista de su negativa, los amenazó con detener el paso de aguas servidas que surtía a los pobladores del lugar. Sin embargo, no le resultó fácil batallar contra las entonces 221 familias, especialmente cuando estaban en proceso de adecuación del Consejo Comunal porque habían logrado ya obtener el RIF.

"Dios bendiga este hogar"

"No me iré. Mis hijos nacieron aquí, en Caucagüita. Primero hice mi ranchito con cartón y bolsas plásticas y entre todos hemos avanzado con trabajo después de seis años", dispara Estela Estremodro con seguridad mientras del lomo de su nariz se asoman varias goticas de sudor. Es una morena robusta, cara redonda, con cachetes

carnosos y nariz gruesa. Ojos negros que se ponen vidriosos al hablar de su casa y cuando la desvía hacia su hija Ana, de 23 años, florece una sonrisa corta que da cuenta de su humildad y esfuerzo.

El sol abrasa Villa Esperanza: arde el zinc de los techos y los potes de plástico aflojan. Las casas de madera que no tienen ventanas, como la de Estela, se transforman en cajas de vapor; pero el día sigue hasta que llueve, cuando la quebrada se desborda e inunda el puente que da paso a una de las dos entradas al sector. “Ese puente está colapsando. La última vez que llovió el agua se llevó las barandas. Así pasó con el muro de la cancha, del aguacero se cayó hace poco”, indica la señora de 44 años.

Estela trabaja limpiado la casa de una familia en Prados del Este y su pareja, Luis Rondón, de 52 años, es el chofer. “Optamos por este terreno que tenía muchos años solo y decidimos construir un ranchito. Nos ofrecieron un refugio después de perder nuestra casa en Ramón Brazón, pero la hija mía ya estaba estudiando y llevábamos muchos años viviendo acá. Lo único que estaba cerca, en los galpones, era la embotelladora que después fue la planta de tratamiento de gas. En las noches el olor a gas era insoportable y había personas asmáticas, entonces nosotros nos organizamos para hablar con los dueños y lo cerraron”. A pesar de haber abandonado su casa de Ramón Brazón por estar en peligro de caer, sigue allí, y se niega a tumbarla para tomar los materiales: “me da dolor. Con lo que nos costó, prefiero dejarla ahí y ya. A veces la visito”.

La familia Rondón vive a dos calles de la cancha, en una vereda empinada que está cerca de los galpones y relativamente próximo al puente. A lo lejos se ve una fachada de bloques de cemento con una antena de televisión por cable y una reja gris, a la que le sigue una puerta de tablas protegida por el pendón de una óptica “para que no se vea nada pa’ adentro”, añade Estela entre risas y estoicismo.

En la casa de aproximadamente setenta y dos metros cuadrados viven sus hijos, Ana y Davison Rondón, de 20 años, y también la hermana de Estela. Sábados como aquel, el papá de Estela los visita en la mañana hasta las dos de la tarde, cuando debe irse para tomar el transporte hacia Guarenas y volver a casa. A pesar de que la fachada es color gris y la pared del lado izquierdo es de bloques rojos, gran parte de la

Recibidor de la casa de Estela Estremodro.

Cocina de Estela Estremodro.

vivienda es aún de madera. Esta semana Estela compró 10 cabillas y 80 bloques, pero no todo el tiempo es así porque hay escasez de cabillas. Según un informe de la Cámara Venezolana de la Construcción, en siete de cada diez establecimientos del país entre mayoristas y ferreterías no tienen el producto en su inventario.

Las cifras de la Siderúrgica del Orinoco (Sidor), una de las industrias de hierro más importantes del país, indican que 40% de las cabillas elaboradas en el primer semestre se destinó a la Gran Misión Vivienda Venezuela, 13% a obras estatales y 46% al sector privado. Sin embargo, los grandes distribuidores solo reciben la mitad de lo que requieren, según el vicepresidente de Fedecámaras y presidente de la Asociación de Industriales Metalúrgicos y de Minería, Jorge Roig.

Acerca de la construcción de su hogar, Estela comenta que han armado su vivienda poco a poco entre varios integrantes de la familia y un vecino. “Hay mucha necesidad de vivienda en Venezuela, entonces mientras pueda colaborar con el Gobierno construyendo mi propia casa lo haré”, comenta antes de entrar en su casa.

A diferencia de una ama de casa común, ella conoce los precios de los bloques como si fueran los productos de la cesta básica: “Un bloque de cemento sale en cuatro bolívares, tres con cincuenta los rojos, una cabilla en cincuenta y cinco, un saco de cemento de cuarenta y dos kilogramos cuesta treinta y cinco, o en la tienda *Epa* lo pueden conseguir en diecinueve con cincuenta bolívares. Claro, si los consiguen”. Como su esposo no sabe pegar los bloques le piden ayuda al vecino Ramón. “Para aplanar el piso solo usan los pies”, añade. Una de las pareces de su casa no es propia, sino de su vecina, pero espera construir la suya con los materiales que compró la semana pasada.

Piso de tierra y nada plano. La casa es muy oscura y en el techo se extiende unos cables entrelazados como la maleza, con varias bombillas encendidas que irradian una intensa luz amarilla. “También compré varios metros de cable para colocar los otros que faltan, tal vez llame a Iván para que me ayude. Aquí hay muchos bajones de luz”, añade mientras los rayos del sol penetran por las ranuras y se notan las partículas de tierra que flotan en el aire. A pocos metros de la entrada hay una nevera blanca con chispas de óxido que conserva varios portarretratos con fotografías

de sus familiares. Del lado izquierdo, al lado de dos bombonas de gas, una cocina y dos mesones con poncheras plásticas con agua.

Ana, la hija de Estela, está embarazada y pronto finalizará la carrera de Contabilidad y Finanzas. Tuvo neumonía y su mamá no le permite que lave ni agarre el detergente para evitar que vuelva a enfermarse. Cuando algún familiar se enferma, Estela lo acompaña al CDI que está en La Urbina. Si es muy urgente algún vecino con carro se ofrece a llevarla, pero según ella una mujer embarazada no puede darse el lujo de enfermarse.

El bebé de Ana es para finales de septiembre. Comienzan las apuestas entre algunas amigas en la entrada de la casa de la familia Rondón: 20, 23 y 30. Los embarazos y los partos tienen la peculiaridad de ser de esas experiencias muy personales para una mujer, pero también muy universales. Cualquier momento es propicio para hablar del tema: las complicaciones —si las hubo—, lo amable que fue el doctor —si lo fue—, lo mucho —o poco— que dolió, si se llegó, cómo se llegó al hospital, al Barrio Adentro, al Centro Diagnóstico Integral (CDI), o a casa de la vecina partera. Ana ha pasado sus siete meses en perfecta tranquilidad, imperturbable ante los cuentos de sus amigas.

La historia de la amiga de la tía que tuvo al bebé en un taxi o la de la mujer que se cayó y dio a luz a los cinco meses no parece causar el menor efecto en ella. No sabe si es hembra o varón, no sabe por qué no patea, pero tampoco le quita el sueño. Estela la trata con mucho cuidado, “porque muy pronto el sexto miembro de la familia llegará”.

En el interior de la casa, sobre una mesa grande diagonal a la cocina, está un pequeño televisor que se le quemó recientemente. Para bajar a las habitaciones y el lavandero hay que descender como un metro por unas escaleras improvisadas con bloques. Las habitaciones están separadas por cobijas y bolsas negras de basura. Lo que queda a la vista son varios tendederos con ropa y una lavadora vieja que cuando arranca el ciclo hace titilar todos los bombillos, como un árbol de navidad con algunas luces quemadas.

En la parte de abajo pretenden construir tres habitaciones, un baño y un lavandero. La familia Rondón solo cuenta con una manguera que surte de agua la

vivienda. Tanto en la cocina como cerca de la lavadora mantienen envases pequeños y pipotes que llena de agua para cocinar, lavar y bañarse, “no vaya a ser que el agua falte cuando uno la necesita”.

Cuando Estela habla de inseguridad baja la voz y dice que no se puede hablar mucho de eso, pero que hay delincuencia y que a los habitantes solo les queda callar.

Mery y José confían que su sector es sano, pero Estela no está tan segura. Aún así, no quiere irse de Villa Esperanza. “La convivencia con los vecinos es buena. No me hallo en otro lugar, porque aquí están todos los que conocemos. Visitamos a mi familia, que están cerca, y en otros lugares la inseguridad es peor”, explica mientras mira un muro rojo donde hay varias casitas de barro y un portallaves de pared. Las figuritas están muy bien pintadas, techos de tejas y puertas de madera, chimenea y pozo de agua, enredaderas y flores. El portallaves tiene una frase en relieve que indica la fe de Estela: “Dios bendiga este hogar”.

Fuera de la casa por un momento se detuvo la conversación que tenían las compinches para dar pie a un pasatiempo cotidiano: el qué hablar que deja quien lleva unos tragos de más. Las muchachas reían mientras pasaba frente a ellas La Negra dando tumbos y pregonando a todo pulmón que su marido no iba a dejar que ella se cayera. No sabían exactamente qué edad tenía, pero le calculaban unos cuarenta años bien estirados porque el sol y las preocupaciones la habían arrugado. Decía embriagarse para olvidar los problemas y aparentemente todos los días quería olvidar.

Faltaban algunos minutos para las tres de la tarde y el sol parecía continuar en su momento más intenso del día, como invariable desde las doce. En el suelo, innumerables chapas brillaban como monedas en la más grande de las fuentes. El calor sometía a todos a un letargo contundente: bajo la sombra de algunos ranchos los muchachos que no fueron a jugar a Guarenas descansaban, mudos, observando a quien transitaba por allí; sillas plásticas en medio del camino servían a los hombres a punto de encanecerse para pasar la hora del burro dándose el lujo de descamisarse y sudar el alcohol de unas cervezas bien frías; entre las mujeres, había quienes perseguían con la mirada a sus niños juguetones, quienes aprovechaban el momento para limpiar la casa y también quienes alegraban su día de descanso bebiendo al son de Jorge Celedón.

Capítulo IV: El barrio que no es barrio

Calle principal de El Carmen, Barrio Unión, Petare.

El Sacudón

En la calle principal de El Carmen, en el Barrio Unión de Petare, había 3 supermercados, 3 abastos, una bodega, una fuente de soda y una chicharronera. Madre soltera, la señora Machado era la única con un negocio que no era de comida: una lavandería automática. La había montado en la década de los 70, en un local pequeño que consiguió a pocos metros de la chicharronera. Era el sustento con el que contaba para mantener a sus cuatro hijos, y el lugar donde pasaba la mayor parte del tiempo. Ese 27 de febrero no era la excepción.

A unos kilómetros de El Carmen, en las afueras de Caracas, había iniciado una protesta en Guarenas. El día anterior se había anunciado el alza en un 30% de los precios de la gasolina y el incremento de las tarifas del transporte público. La protesta se propagó por la capital y pronto iniciaron los disturbios que resultaron en el Caracazo.

La ola vandálica no tardó en llegar a Barrio Unión: los supermercados intentaron bajar las santa marías, igual las bodegas y el resto de los negocios, pero los saqueadores entraban y salían como ganado y devastaron la zona a tal punto que al día siguiente parecía un pueblo fantasma. En un sector cercano a El Carmen, la Guardia Nacional asesinó a varias personas cuando el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez intentó controlar la situación: mientras bajaban unas escaleras que conectan a Barrio Unión con Maca, cayeron tiroteados y al día siguiente los cadáveres aún permanecían allí. Desde entonces, el lugar se conoce como La Escalera de La Muerte.

Tras El Sacudón, la señora Machado sufrió de los nervios el resto de su vida. Se mudó a la Zona Colonial de Petare y eventualmente abandonó la lavandería, pero nunca vendió el local. Aquello había ocurrido en 1989 y hoy, 22 años más tarde, su segundo hijo había vuelto para aprovechar el espacio y vender empanadas.

Francisco Javier Machado no guarda buenos recuerdos de lo que llama La Cuarta República. Además del trago amargo que fue para él El Sacudón —porque estaba con su madre en la lavandería aquel día— su primera golpiza se la dieron unos oficiales de la Policía Metropolitana cuando tenía 12 años. Saliendo de clases, lo

confundieron con un grupo de delincuentes del liceo vecino, el Mariano Picón Salas, que estaba siendo allanado. Según él, sin mediar palabras le pegaron. Cuando relata el incidente, bota la piedra, aumenta el volumen de su voz y se le frunce el entrecejo. El empanadero de 50 años cuenta que a comienzos de la década de los setenta la agresión policial era constante y aún así la delincuencia seguía rampante porque aunque se llevaban a los malandros, pocos días después se les veía de nuevo en la calle, *controlando* —vendiendo drogas: "Todo era una pantalla. Ellos llegaban, hacían el paro de que se estaban llevando a los tipos presos, daban algunos golpes, y al rato por ahí andaban con su negocio".

Según Francisco Javier, tras El Sacudón la delincuencia aumentó: "Fue peor todavía porque la violencia trae violencia. Si tú veías a diez personas juntas aquí medio paradas en esta calle, tenlo por seguro que estaban en el negocio". Sin embargo, afirma sentirse más seguro hoy en día: "Esto tardó como quince años en recuperarse, y esta zona no es igual de comercial, es más residencial. Ahorita también hay delincuencia, pero uno está más tranquilo porque no se meten con uno, se mantienen con las *culebras* —los problemas— de ellos entre ellos".

Para él, los tiempos han cambiado desde la llegada de Hugo Chávez Frías al poder. Asegura que luego de la caída de Marcos Pérez Jiménez, el sistema educativo fue destruido y los programas del actual Presidente son la esperanza para revivirlo: "era más fácil manejar a una partida de monos en un cerro que eran totalmente ignorantes. Algunos tuvimos la oportunidad de estudiar algo, pero yo ni queriendo podía entrar en la universidad porque venía de Petare y con eso no te veían ni las notas. La educación ya no es exclusiva para las élites burguesas con las universidades bolivarianas y las misiones. Si la gente se educa se aleja de la mala vida".

En los alrededores de la antigua lavandería ya no se ven los muchachos fumando marihuana y la patrulla de la policía municipal pasa durante el día. Sin embargo, El Carmen no es ajeno a vicios y desgracias: al cruzar la calle, en la entrada de una de las escaleras del sector, a veces un grupo de muchachos fuma *monte* al final de la tarde, y la violencia en las adyacencias hacen que allí el peligro sea latente.

Antes de regresar, Francisco Javier trabajó como mecánico porque era la manera más rápida de conseguir empleo y ganar un sueldo razonable para un padre

casado. En 1986 comenzó a laborar en la empresa privada, pero tras la muerte de su madre y una reducción de personal en Nestlé, perdió su puesto como vendedor y se dedicó a rescatar el espacio donde había acompañado a su doña años atrás. En aquel momento, Chávez había vencido en las elecciones presidenciales de 1998, y Francisco Javier tenía esperanzas en él. De vuelta en El Carmen, Francisco Javier notó que los únicos sobrevivientes del 89 habían sido una farmacia, las licorerías, Azulejo y Juan Vicente.

A pocas casas de donde Francisco Javier pasa el día, un Barrio Adentro con la puerta cerrada. Roja rojita, es aguardada por el rostro del Che Guevara y encabezada por una fusión entre las banderas de Venezuela y Cuba. Al lado, la casa del Consejo Comunal Despertar El Carmen revestida con tres imágenes: Chávez con el brazo alzado —dirigiendo—, la muchedumbre que lo aclama, y el rostro de Bolívar.

"Aquí los chavistas hacen su trabajo. A veces se achantan un poquito, pero las misiones han sido muy buenas por aquí. La oposición, bueno, es increíble que puedan pensar que antes fue mejor" —dice Francisco Javier con disgusto— "En la Cuarta República acostumbraron aquí a la gente a que no hagan, sino que les traigan, y todo esto se llenó de ignorancia". Aunque sus empanadas son el desayuno de gran parte de los niños que van a la escuela municipal Matea Bolívar o a la escuela nacional Julio Calcaño, se mantiene alejado de la comunidad: "hay vecinos que se conocen desde hace tiempo, pero cada quien está en lo suyo y tratando de salir adelante, aquí la gente es muy apática. El consejo comunal —chavista— sí hace cosas, pero más nadie. Ese Ocariz no existe, ese es puro buche y pluma", dice quitándose el sudor que escapa de una gorra de la Misión Negra Hipólita que hace juego con el chaleco rojo de Mercal.

El Regreso

Juan Vicente Mujica era el dueño de la conocida chicharronera de El Carmen. Desde su apertura en 1981 tuvo dos nombres: Muy Barato y Todo Barato. Sin embargo, luego del 89 su próspero negocio logró sobrevivir por poco tiempo y decidió utilizar el local para instaurar una bodega. "Le puse El Regreso, porque me fui pero no me fui. Se fue la chicharronera, pero aquí estoy. (El Sacudón) fue un golpe

muy duro, pero de diez años para acá ha habido un cambio muy positivo porque han surgido negocios, ha mejorado la figura de la iglesia, hay más seguridad".

Para Juan Vicente, El Carmen es un lugar ideal: hay espacio, hay dónde comprar algunas cosas necesarias, hay una farmacia popular, hay médicos, hay vigilancia, hay pocos grupos delictivos, y confía tanto en su acceso a los servicios públicos que los da por sentado. Sin embargo, la realidad es que en los sectores por los que hay que pasar para entrar y salir de El Carmen hay enfrentamientos entre bandas todas las semanas, a veces el camión de la basura no pasa y aunque él vive bien, hay muchas familas con ingresos esporádicos e inestables, hacinamiento en las viviendas más alejadas de la calle principal, y niños evidentemente mal alimentados.

En el mostrador, algunas chucherías, papel higiénico, y varias fotos de sus hijos y nietos en su casa en Valle Alto. Casado y padre de tres, a sus 64 años se confiesa dichoso de ser abuelo. A pesar de que El Regreso no lo enriquece, le da estabilidad económica y la tranquilidad es más que suficiente para él. En otros tiempos, cuando sin éxito intentó obtener un crédito para abrir la chicharronera, se las veía negras: "Estaba difícil. Además los créditos eran muy bajos y lo intereses te comían. Yo puedo decir que a punta de trabajo yo solo he montado lo que tengo, con todas las de la ley".

Juan Vicente abre las puertas de El Regreso a las 7 de la mañana y cierra antes de las 8 de la noche, lo cual quiere decir que no está en El Carmen ni en las horas pico de los tiroteos —entre la media noche y las 4 de la madrugada— ni cuando el transporte público está atiborrado y el tráfico pesado. Lleva las riendas de la bodega porque a pesar de tener compañía, no tiene empleados. 2 periquitos, un loro, un gato y los amigos —algunos de las misiones chavistas a pesar de su posición política— que vienen a acompañarlo a almorzar o a visitarlo para tocar el cuatro que adorna el local. "Yo no toco cuatro, el que toca mejor es uno que es larense", dice sujetando el instrumento por la boca.

Junto al cuatro, un montón de cachivaches también le hacen compañía: la máquina de escribir que compró para sus hijos treintones cuando estudiaban en el colegio; una chequera del Banco Venezolano de Crédito de 1964 para admirar la belleza de la caligrafía de aquellos tiempos, algunas botellas vacías, y la piedra que

utilizaba su abuela trujillana para pilar el maíz antes de que existiera la máquina moledora y de que llegara la *Harina PAN*.

"A mí me gustan estas cosas, todas las antigüedades. Muchas me las ha ido regalando la gente. Tenía una piel de culebra de 6 metros, curadíta, pero a mi mujer le dijeron que eso era de mala suerte y me la botó", comenta José Vicente entre nostálgico y desolado. Confiesa no aburrirse en El Regreso, y vender más que todo los alimentos de la cesta básica: "aceite, arroz, caraotas, queso, huevo azúcar, harina. Eso es lo que la gente compra".

Antes, él mismo hacía la diligencia de comprar los productos de su bodega, pero desde que vendió su camioneta se le dificulta trasladarse con cargamento. Agradece la cercanía de El Carmen al Mercado de Mesuca de Petare y a la avenida Francisco de Miranda porque gracias a ello consiguió que dos distribuidores le despacharan los víveres. "Ellos me venden lo poco que tengo, y es mejor así porque si uno mismo se encarga, uno va a los grandes negocios y si consigues leche en polvo, no hay aceite. Si consigues carne, no hay pescado. Si consigues pasta, no hay azúcar. Se pierde el tiempo".

Desde que Juan Vicente llegó hace más de 30 años, "las cosas han progresado". Durante el gobierno de Wolfgang Larrazábal se pavimentaron las vías que llevan a El Carmen y se construyeron algunas escaleras en el marco del Plan de Emergencia. El dispensario que existía pasó a manos del Ministerio de Salud y cerró, pero la alcaldía inauguró un ambulatorio y una farmacia popular. También existen varias escuelas cercanas: un preescolar y una guardería, dos escuelas municipales, una escuela nacional y un liceo de Fe y Alegría. En los años 50, se construyó la iglesia de El Carmen. Sin embargo, el desarrollo visible en la calle principal no es el mismo al abrir los portones que llevan a las últimas casas del sector, a varios escalones de allí. Si bien las casas son sólidas y cuentan con servicios públicos, muchas aún están sin frisar, bloques mantienen en su lugar los techos de zinc, y el acceso al transporte público es, evidentemente, más difícil que para quienes están al pie de las aceras.

Cuando hay problemas de delincuencia, Juan Vicente asegura que se trata de enfrentamientos entre personas que no pertenecen a la comunidad. Al igual que Francisco Javier Machado, atestigua que en el pasado hub o un mercado de drogas

Barrio Adentro y consejo comunal en la calle principal de El Carmen.

Vista de la calle principal de El Carmen

importante en el sector: “Antes había problemas, pero ahora esto por aquí es muy sano. Ya no ves el malandraje. Sí se oyen los tiroteos, pero no pasan aquí, son problemas de los barrios aledaños”. Pero la verdad es que las balas no distinguen entre sectores.

El Carmen urbano

Era viernes 25 de marzo. A golpe de 6 de la tarde, en El Carmen se cerró la vía principal y los vecinos se prepararon para una velada que Betty Díaz, líder comunitaria de la zona, calificó de “diferente”.

El ambiente era similar al de las patinatas dicembrinas que acostumbraban hacerse en Caracas la noche del 24: algunos niños en bicicleta, otros sentados sobre patinetas que se deslizaban por un bulevar, madres que no le pelaban el ojo a sus hijos, y gente caminando y charlando en medio de la calle, con ánimos de fiesta.

El bulevar de El Carmen es la obra de envergadura más reciente realizada allí. Ubicado al final de la calle principal, es un espcio de 461 metros cuadrados en el que se asfaltó la vía, se hicieron 5 jardineras, la artista plástico Carola Bravo realizó un mural cinético de 152 metros, se instalaron 27 postes de iluminación, se colocaron 10 bancos y 8 cestas para la basura, se restauró la fachada de la iglesia y se emplazó un podio para el busto del padre Jesús Misias, sacerdote fallecido que en su momento ayudó a la organización y al desarrollo de la comunidad El Carmen.

Para el alcalde, Carlos Ocariz, espacios como este deshiniben al hampa porque hacen que la gente se apropie de ellos: “Hay lugares que deben pasar a ser sitios de recreación y esparcimiento para todos por igual, porque además de ser espacios para compartir, contribuyen a eliminar el ocio y por ende a disminuir los índices de violencia en el municipio”,

Francisco Javier Machado no espera gran cosa del bulevar: “Ocariz dice que y que se ha mejorado la calidad de vida de las personas con ese arreglo. ¡Por favor! Choros van a haber en la noche porque choros hay en todos lados”. Esa tarde del 25 de marzo día vendió las últimas empanadas, cerró temprano y se fue; José Vicente “el

bodeguero" observó desde el mostrador hasta que se hizo de noche, y Alcides Sánchez estaba emocionado porque finalmente vería materializadas muchas horas de trabajo: tras numerosos encuentros y ensayos con músicos de la zona, finalmente se daría la Noche de Boleros.

Habían pasado tres semanas desde la inauguración y la Noche de Boleros sería el evento vecinal que bautizaría al bulevar. En su casa, Gladys Cartagena se emperifollaba y revisaba por última vez el atuendo negro que usaría. Alcides y Gladys se conocían desde hacía mucho tiempo no solo por sus profesiones sino porque eran vecinos y compañeros de partido. Alcides se graduó de topógrafo, pero la música guía su vida y es Secretario de Cultura de Acción Democrática (AD) a nivel municipal; Gladys, es cantante.

Inspirada en el festival Son de Sucre que se dio por primera vez en el 2009, Betty pensó en organizar un evento musical, de noche, para que la gente saliera a la calle sin miedo y pudiera compartir en aquel nuevo espacio: "la idea es que aquí la gente suba y estén los niños jugando, las comadres que conversen, que se pase un momento agradable".

Se montó una tarima y sobre ella 4 agrupaciones de Petare lucieron sus talentos hasta pasada la media noche. Entre ellos, estaba Gladys. Al menos 40 personas danzaron hasta que su atención se desvió hacia una vecina que se soltó el moño e impresionó a los demás con sus movimientos. Mientras tanto, otros conversaban en las inmediaciones del escenario y observaban a Mariana Giménez de Ocariz, la Primera Dama del Municipio, bailando con un vecino. Su esposo disfrutaba pero no dejaba atrás el trabajo: comentaba que el bulevar había quedado muy bien, y que había que trabajar por conseguir más espacios de ese tipo.

Según Víctor Rodríguez, en los asentamientos informales de la jurisdicción el espacio público no llega a los 0,36 metros cuadrados por habitante. De ser recuperadas las 450 áreas identificadas como potenciales espacios públicos, la cifra se elevaría a 2,67 metros cuadrados, lo cual situaría al municipio 0,67 metros cuadrados por encima del promedio de Caracas.

"Es muy importante ocupar a los muchachos. Los muchachos de hoy no son como los de antes" —asegura Alcides— "Ahorita no quieren aprender ningún

deporte, no quieren aprender música, ¡nada!". Cuando él llegó a El Carmen, la zona era muy distinta: era el año 1947, y se llamaba El Matadero. Para el momento no existían más de 7 casas, construidas en parte de lo que había sido anteriormente la Hacienda La Vaquera. Posteriormente hubo un boliche, una venta de parrilla y la famosa gallera que cerró en el año 2001, donde en su época jugaban los conocidos concejales Monegui y hasta su clausura jugaba también Juan Vicente Mujica.

Antes de ser poblada, la hacienda pertenecía a la familia Yánez Bustamante y no se conocía aún como Barrio Unión. Cuando Alcides se mudó para la zona, era un niño de 5 años, hijo mayor de una familia a la que el Concejo de Petare había otorgado aquellas tierras. A pesar de que los primeros habitantes del futuro El Carmen habían o bien recibido tierras a bajo costo —o a ningún costo— o las habían comprado a la familia Yánez Bustamante, posteriormente fueron llegando personas de varias partes de Caracas e incluso de diversas regiones del país que se asentaron allí de manera ilegal: "Esto fue creciendo, hasta lo que llevamos hoy, que es una maravilla porque ha progresado mucho" —opina Alcides— "Es un barrio envidiable por muchas cosas, sobre todo porque tiene todos los servicios regularmente y la gente que vive aquí tiene una mentalidad más culta. Yo tengo tierras heredadas en El Hatillo, pero a mí me gusta mi Carmen y no me voy de aquí".

Alcides vive en El Carmen después de 68 años, a 100 metros del edificio municipal Irene. Se encuentra desempleado, pero está buscando fundar una banda marcial del sector para que toque durante las fiestas: en navidad, en la fiesta de la Virgen de El Carmen; el día del padre o el día de la madre si se hace algo. "Nosotros hasta ahora nos reunimos y nos inventamos algo cuando hay algo qué celebrar, la gente se motiva, se hace una vaca, se saca un cuatro… Qué bonito sería tener una banda vecinal propia".

En los primeros años, cuando no estaba en la escuela —que quedaba lejos de ahí—, Alcides se distraía corriendo por los senderos de tierra y viendo a los adultos jugar bolas criollas en espacios hoy en día ocupados por casas. Si su mamá necesitaba agua, bajaba a la quebrada: "Quedaba cerca. Había una pila, y uno subía el agua en guindas y en latas de manteca. En aquel entonces era limpia, había cangrejos, venados, ¡era un monte completo! Ahora a la quebrada llegan cloacas" —lamenta— "De la quebrada uno venía por un caminito y eso era a pie, pero la vía principal era de

tierra, y llegaba hasta la carretera vieja Petare-Santa Lucía, por eso el acceso de carros aquí nunca ha sido un problema".

Jesucita Castillo llegó solo un año después que la familia de Alcides, en 1948. Había nacido en Las Brisas, un sector que colinda con el Hospital Domingo Luciani, pero llegó a El Matadero a los seis meses de edad. Recuerda su infancia con cariño, como una época de tranquilidad, y por ello a veces quisiera vivir en el interior del país: "Esto antes era como un pueblo. El Carmen es muy tranquilo, aquí no hay problema, pero es raro cuando no se escuchan disparos de los barrios de al lado. ¡Bastantes! A veces hasta de ametralladoras. Estamos rodeados de zona roja".

Jesucita trabaja en la calle, cobrando llamadas desde una sillita blanca y una mesa de plástico donde todas las mañanas pone celulares de las distintas operadoras y una cajita metálica para guardar el dinero. A diferencia de los otros tarantines como el suyo, no tiene los celulares encadenados a la mesa y las personas, perfectamente, podrían utilizarlos y salir corriendo con ellos en mano. "Yo leí en un periódico que a una mujer la mataron porque fueron a matar a un joven que estaba haciendo una llamada por cobrar en su puestico y le dieron a ella. ¡Que Dios me guarde! Si me roban, no me roban gran cosa… Cuando matan a alguien, es por venganza, pero yo siempre tengo miedo de que se forme un tiroteo o algo así y uno pague por una *culebra* de otro… eso me da nervios".

Eduardo Castillo, el padre de Jesucita, era oriundo de Guatire; Julia Vargas de Castillo había vivido siempre en Guarenas, pero al casarse ella y Eduardo se mudaron alquilados a Las Brisas hasta que compraron el terrenito en El Matadero. "Mi casa la hizo mi papá. Él echó el piso y mis hermanos mayores —2 hembras y 1 varón— fueron ayudándolo a construir lo demás". La casa comenzó siendo un ranchito que se mejoraba según las posibilidades económicas: inicialmente los ingresos de los Castillo provenían exclusivamente de las 2 bodegas que tenía Eduardo, pero para una familia de 9 integrantes esos ingresos no eran mayor cosa. Eventualmente las hermanas mayores comenzaron a trabajar en fábricas —una de cebada y una de algodón—, el mayor de los varones en la textilera Tócome, y luego Jesucita trabajó como costurera, después 2 años en Aerocav y finalmente 17 años en el Banco Venezolano de Crédito como oficinista. Nunca abandonó su casa, y ahora al morir sus padres permanece allí con 2 de sus 3 hijos, su nuera, su nieto y su hermano.

“Mi esposo falleció recientemente, así que ya no nos acompaña. En la planta del medio hay 2 cuartos y 1 baño, y vive mi hijo mayor con su familia. Yo vivo abajo con mi hermano y mi hijo, porque hay 4 habitaciones y 2 baños, están la sala, el comedor, la cocina… ¡es bien cómoda!; la de más arriba es una salita de reuniones donde nos juntamos los de mi congregación evangelística”, explica mientras saca de su cartera unos folletos con oraciones para mostrarlos y regalarlos.

Hace algunas décadas, luego de que Jesucita se casó, su hermana le aconsejó que buscara la manera de que el Banco Obrero le concediera un apartamento. Ella misma había conseguido dejar la vivienda alquilada de Baruta donde permanecía, con su esposo, para mudarse a un terreno que llamaban La Trinidad. “Eso era monte, y feo, y botado, y yo no me quería separar de mi mamá y no me fui. A mi mamá y a mí nos separó la muerte. Fíjate tú, hoy en día La Trinidad es una urbanización bien. No tuve esa visión. Yo estaba feliz en mi matrimonio y no me preocupé por cosas así”, confiesa Jesucita.

A pesar de no tener empleo formal, la cuarta hija del señor Castillo gana suficiente para sobrevivir, pero lamenta lo difícil que resulta ahorrar hoy en día: “Antes había pobreza igual, se ganaba poquito, pero se podían conseguir las cosas, se podía ahorrar. Tú podías ver una nevera, ahorrar, y comprarla 3 meses después. Igual con los materiales. Ahora no porque las cosas se ponen caras rápido. Nunca logro hacerle unos cariñitos a la casa es por eso”.

La delincuencia de los barrios cercanos asusta a Jesucita, pero a pesar de ello se siente a gusto en El Carmen. En cuanto a los ranchos, dice que por allí se empieza, que por allí empezó su propia familia, pero que hoy en día la gente construye sin pedir permiso a Ingeniería Municipal y cuando ella era pequeña no era así. “Creo que la cosa se ha ido de las manos de ellos, ¿verdad? Todo el mundo construye a su manera, sin saber si el terreno es firme, y luego llueve y se caen las casas. Aquí (en El Carmen) no construyen, porque no hay más espacio, pero en los otros lugares de Barrio Unión y por ahí”.

Los suelos firmes sobre los que está construido El Carmen soportaron el terremoto de 1967 y hasta ahora no han cedido ante las lluvias. Esta característica le ha permitido a lo que alguna vez fue una invasión consolidarse hasta formar un barrio

de quintas frisadas, redes de aguas blancas y negras, una iglesia, escuelas, servicios de salud y negocios.

"Este sector lo ha construido la misma gente", afirma Alcides. El músico por convicción aprendió a tocar el cuatro por su cuenta y allí comenzó una carrera que no pensó que tendría. Actualmente tampoco él tiene empleo formal, pero de vez en cuando toca en bautizos, matrimonios, quince años, ¡para lo que lo contraten!. Para él el barrio ya está consolidado y no puede continuar creciendo con invasiones nuevas porque no tienen en dónde instaurarse, así que seguirá siendo un lugar de gente que él conoce. "Aquí el 99% de la gente uno sabe quién es, pero de los que vinieron originalmente quedan pocos. Ahora son sus hijos, o sus nietos, y bueno, también muchas familias han vendido sus casas o las alquilan", explica. Una al lado de la otra, y el barrio rodeado por otros barrios, la verdad es que Alcides tiene razón: no hay espacio para que nuevas familias autoconstruyan sus casas, solo para que las casas que ya existen crezcan de manera vertical.

Alcides, al igual que Francisco Javier, cree en la educación y la cultura como parte fundamental de la formación humana. Se casó joven y educó a sus 2 hijos para ser profesionales: uno de ellos está estudiando sociología y el otro, que está por graduarse, estudia derecho. Para él es un orgullo que sus hijos sean egresados universitarios, pero más que un orgullo considera que es necesario para sobrevivir: "la cultura es muy importante, hace mucha falta, y mucha gente no le presta atención".

Justamente a la cultura, a la mentalidad de la gente que tiene 64 años conociendo, atribuye Alcides el desarrollo urbano y organizacional del barrio. "Cuando uno se puede sentar a dialogar, cuando puede discutir las cosas que quiere para la comunidad, entonces es más fácil construir cosas en conjunto". El primer dispensario de El Carmen se construyó hace 48 años, al lado del Módulo de Policía que fue desalojado durante el primer gobierno de José Vicente Rangel Ávalos para ser ocupado por el consejo comunal. El Concejo Municipal del momento ayudó a la entonces Junta de Barrio para la construcción e inauguración del dispensario, y posteriormente para la edificación de la iglesia a mediados de los años cincuenta. Para Alcides, en aquel entonces el Gobierno hizo lo que todos los gobiernos deberían: encausó las voluntades de los vecinos para satisfacer sus necesidades.

Trabajo comunitario: mejorando la calidad de vida

La vida de Betty Díaz comenzó en una caja de zapatos. Tras solo cinco meses de gestación, su madre sufrió una caída, dio a luz, y al no contar con los recursos para pagar el tiempo que su segunda hija necesitaba en una incubadora, la llevó a casa y la acostó en una caja de zapatos forrada de algodón. A ese inicio tan difícil le atribuye su determinación: más venezolana que la arepa y las caraotas negras que desayuna todos los días, el temple, la disposición y la pasión por ayudar a la gente le han servido para encauzar su vocación social y trabajar para su comunidad por los últimos 39 años. "Yo soy muy decidida. Si yo digo que voy a hacer algo, ¡lo hago! La vida me dio un pocotón de cosas para que yo hiciera algo, así que a todo lo que se me presenta yo digo que sí, y voy pa' lante".

Los últimos 3 años del trabao social de Betty han sido en el edificio Irene, un inmueble de propiedad municipal que durante el gobierno de José Vicente Rangel Ávalos fue utilizado como Sala de Batalla del Partido Socialista Unido de Venezuela (Psuv) y que se encuentra en el corazón de El Carmen, junto a la iglesia y en plena vía principal.

Cuando Carlos Ocariz inició su gobierno, Betty logró contar con la aprobación para disponerse a recobrar el edificio. Tenía en mente trabajar para establecer allí un hogar de cuidado diario, un ambulatorio, una farmacia popular y una oficina de consultas jurídicas gratuitas, pero a pesar de creer que quizás nunca se materializaría su intención, estaba clara en que con tres pisos y un sótano, existía en el edificio Irene el espacio para desarrollar aquellos proyectos.

La convicción de La Negra —como le dicen— la llevó a mudarse y alquilar una casa a menos de una cuadra del edificio: "Para tenerle el ojo puesto, yo me vine aquí cerquita. Yo quería recuperarlo (el edificio), que además estaba destruido, y que volviera a ser de la comunidad como en la época de Enrique Mendoza, que era una Casa de la Cultura. Yo les dije a los que estaban ahí que o trabajaban con nosotros, o se iban, y después de unos meses se fueron. ¡Nadie lo podía creer! Ni el alcalde".

Una vez retomado, Betty se las arregló para concretar sus ilusiones. Había comenzado a trabajar en política a los 16 años como Secretaria de Organización de un

partido en El Campito, y continuaba en ese mundo. El Campito, a 25 minutos a pie del edificio Irene, fue el barrio que la vio crecer, pero la cercanía entre ambos barrios y su trabajo buscando gente que se adhiriera al partido para el que trabajaba la llevaron a conocer a gran cantidad de personas de todos los sectores del sur de Petare.

"El dirigente tiene que tener un poquito de ganas de mejorar su calidad de vida, porque si no no puede ayudar a nadie. Yo fui muy pobre, muy humilde, crecí en un ranchito de zinc que luego se volvió de tablas hasta ser de bloques, pero mi mamá siempre me dijo que las cosas había que ganárselas con el trabajo, y echar para adelante", asevera Betty con firmeza.

En la actualidad, en el "El Irene" funcionan los 4 proyectos que Betty se planteó en un inicio, pero adicionalmente el último piso se ha convertido en un área a disposición de los vecinos para realizar distintas actividades: reuniones, ensayos de los grupos de música, talleres formativos para peluqueras y manicuristas, bailoterapias, clases de manualidades, y cualquier otra para la que la comunidad requiera el espacio.

Antes de Betty, hubo otros que trabajaron con ahínco por la comunidad El Carmen. Para Azulejo, el conocido vendedor de sopa, el padre Jesús Misias fue el más querido de todos: "Al padre Misias todo el mundo lo apreciaba, era muy bueno, gran amigo mío. Él pintaba, hacía murales, pero también fue el que hizo la nomenclatura de las calles y las manzanas del barrio. Yo siempre voy a prenderle una vela en la iglesia, porque lo tienen es ahí". Una de las calles paralelas a la principal lleva su nombre.

Según Alcides Díaz, la muerte del padre aún es sentida: "Él fue matado. Estaba haciendo una diligencia en Centro Plaza y cuando fue a pasar una moto se lo llevó por delante. Le teníamos mucho cariño". A pesar de ser la primera referencia para los vecinos cuando se habla de sacerdotes que han vivida en El Carmen, no fue el único padre que marcó a la comunidad: "también estaba el maracucho, que lo llamábamos así, 'Maracucho'. El loco ese se fue porque lo mandaron a La Victoria, pero aquí jugaba fútbol con los muchachos, a veces se echaba unos traguitos con nosotros… nos poníamos a tocar cuatro frente a la iglesia en Navidad y todos gozábamos un puyero", cuenta Alcides.

Edificio Irene en el que trabaja Betty Díaz, frente a una fábrica socialista de forros de celular que cerró 2 meses luego de su apertura

Sectorización de El Carmen, realizado por el padre Jesús Misias

FUNDASUCRE
sucre
Edificio "IRENE"
Ambulatorio
FARMACIA POPULAR
orinoquia

De El Matadero a El Carmen

Juan Pérez Serrano tiene 81 años, 30 de ellos vendiendo sopa en El Carmen. Llegó al sector desde Mariches, la parroquia del municipio Sucre más alejada de Caracas, hace siete décadas. "Allá no había ni agua, ni luz eléctrica ni nada: fogón, caminito, cosas de esas. El agua, había que buscarla lejos", asegura.

El primer trabajo que Juan tuvo en el sector —y en su vida— fue justamente en el matadero que daba el nombre al lugar. "Lo que había aquí era monte. Monte y el matadero. Yo maté a cualquier cantidad de novillos y arrié ganado pa' rato. Todas las mañanas me desayunaba un vaso grande de sangre de ganado, lo batía con brandy y con *la perrita*" —una cerveza que llamaban así porque la etiqueta tenía la figura de un perro. Para almorzar, el alimento provenía también del matadero: un pedazo de carne cruda con ajo y sal, metido entre dos panes, "¡y sangre con eso!". Cuando no tenía trabajo en el matadero, Juan disfrutaba viendo a su compañero Jesús Cáseres dándole aguardiente a los caballos y poniéndolos a bailar: "todo un espectáculo".

En El Carmen todos conocen a Juan, pero con el nombre de Azulejo. Betty dice que con ese desayuno no le sorprende que tenga la vitalidad para cocinar sopas distintas todos los días —de pollo, de guacucho, chipi chipi, mondongo— y permanecer en pie detrás del mostrador a pesar de su edad. Todo el que pasa frente al negocio lo saluda, y él levanta la mano y responde con un amigable "¡Éjele!".

Su familia ha crecido en el barrio: 8 muchachos, 23 nietos y 6 bisnietos. De pequeño lo apodaron Azulejo porque usaba siempre bragas azules, que era su color favorito. Lamenta que hoy en día los jóvenes no cuenten con los espacios con los que contó él para distraerse: en los terrenos donde jugaba béisbol ahora hay casas; donde jugaba bolas criollas, hay casas. "Muchacho ocioso se la pasa en la calle y se encochina. Hasta en el mismo liceo tienes que estar pendiente. Gracias a Dios a mí la policía nunca me ha tocado la puerta pidiendo a uno de mis hijos porque yo desde pequeños los metí en pelota, fútbol, basquetbol… todo menos boxeo porque el boxeo es violento y no me gusta".

El matadero donde trabajaba Azulejo era de dos hermanos: de un ahijado de Marcos Pérez Jiménez, a quien le decían "El Catire Bello", y de Joaquín Bello, "El Negro". La primera casa de El Carmen, sin embargo, no la construyeron ellos, sino la señora Columba, partera que vio nacer a muchos niños en El Carmen.

Otro de los primeros pobladores fue un señor al que llamaban Cubillán, quien vendía comida cerca de lo que luego fue la iglesia. Hoy en día, la calle de su negocio lleva su apellido: Callejón Cubillán. Según Alcides Díaz, la gente pone los nombres por referencias: "La vuelta Algarrobo —una de las curvas por las que se puede pasar para llegar a El Carmen— se llama así porque antes, ahí había justamente cualquier cantidad de algarrobos".

La mudanza a El Matadero desde Mariches significó un gran cambio para Azulejo y su familia. "El barrio antes de ser barrio era muy simpático, como un pueblo. En Mariches si alguien se moría o se enfermaba, tenía que cargarlo hasta Petare en hamaca por el monte como hacían los indios. No había nada, ni carretera, en cambio El Matadero tenía vías abiertas y todo quedaba más cerca".

Además de la ventaja de la cercanía a la urbe, según Azulejo había poca delincuencia. "El primer muerto que hubo en este barrio se llamaba José Rosario. Lo mataron en un problema de alcohol. Había pocas casas y pocos delincuentes. Ahora hay más casas, y más delincuentes".

Marcos Urruchurtu vive en el Callejón San José de El Carmen con su esposa y sus hijas de 4 años y 2 años, pero a pesar de considerar a los vecinos del sector como "gente de buen vivir", está de acuerdo con la opinión de Azulejo sobre la las fechorías de los delincuentes: "el peor problema de El Carmen es la delincuencia, papá, ahí no hay pa' dónde cogé. Porque tú de repente conoces a mucha gente de la zona, y sabes que no se van a meter contigo, pero hay mucha gente que viene de otras zonas a echar vaina o tiene problemas con los muchachos de ahí. Cuando los barrios crecen, siempre hay algunos consumidores de drogas, carajitos que se las tiran de grandes y quieren ser malos". Para resguardar a su familia, en la entrada de la casa Marcos instaló dos puertas de hierro con precintos de seguridad por dentro, lleva y busca a su esposa Carmen para que no tome mototaxis ni el transporte público, y al cerrar su

negocio deja el dinero en casa de su suegro —a menos de una cuadra del local— para no tenerlo encima.

Para Azulejo, el compañerismo de los vecinos es importante para mantener el orden. En el 89, fue gente del mismo barrio la que saqueó los negocios: "De aquí salimos todos (los comerciantes), no quedó nadie. Lo que pasa es que los mismos de aquí acabaron con esto, tumbaron los negocios, fue horroroso ¿oíste? Eso no debería pasar". Sin embargo, para él el problema de la delincuencia está en el hecho de que los oficiales de los cuerpos policiales viven en las mismas barriadas que los bandidos: "habría orden en los barrios si no fuera así, porque un policía que meta preso a un malandro que sepa dónde vive él, después va y mata a su familia o la manda a matar. Si vivieran en otra parte, vivirían cortando oreja y rabo".

Marco, en cambio, piensa que el problema está en lo joven de los oficiales de policía. "A la PM le tenían más respeto porque eran unos coño e' madres. Estos policías patrullan más, hacen su trabajo en el caso de presentar a los malandros o de detenerlos, pero a veces también se hacen la vista gorda y los mismos malandros no los respetan. Un paco buena gente, ¿qué miedo va a meter?".

Carmen, la esposa de Marco, es la que lleva el negocio familiar: una agencia de loterías en Petare. Marco trabaja en el centro hípico *El Cervantes*, en la avenida Lecuna. Su cotidianidad consiste en "lotería, caballo y *parlay*", pero también en pasear con sus hijas y hacer diligencias. "En El Carmen se consigue todo, hasta los alimentos que escasean. La gente es unida, conviven y cuando hay algún problema se soluciona por la vía buena, pero el peligro latente asusta", afirma Marco. Si pudiera, viviría en otra parte, pero por los momentos arregla la casa que compró en 45 mil bolívares para venderla a mejor precio cuando se vaya. A diferencia de quienes aseguran no querer abandonar El Carmen, Marco tiene poco tiempo en la comunidad: está por cumplir 3 años.

Alcides Díaz, quien ha vivido siempre allí, no quiere irse porque piensa que no encontrará un lugar mejor. "El Carmen es mal llamado 'barrio'. En este lugar no se ven las vulgaridades como en otros lugares. No hay un muérgano en la acera fumándose un cacho de marihuana, ni otro metiéndose una pipa de piedra; tampoco

ves un arrebatón, no ves un asalto. Los ratones de aquí están bajo tierra o bajo rejas, son las dos opciones. El Carmen es un barrio que no es barrio".

Calle principal de El Carmen de noche

IV. FUENTES DE INFORMACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA

Libros

Arellano, A. (2011). Diseño en avance políticas públicas, arquitectura y urbanismo en Venezuela en la década de los sesenta. En Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central de Venezuela (Ed.), *80 años de políticas de vivienda en Venezuela* (pp. 43-60). Caracas, Venezuela: FAU UCV.

Ávila, O., Briceño-León, R. y Camardiel, A. (2009). *Inseguridad y violencia en Venezuela. Informe 2008*. Caracas; Venezuela: Editorial Alfa.

Benavides, J. y Quintero, C. (2004). *Escribir en prensa.* Madrid: Pearson Educación.

Bolívar, T. (2011). *Desde adentro: viviendo la construcción de las ciudades con su gente*. Textos Urbanos. Quito: Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACCHI) y Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (MDMQ).

Castejón, E. (1992). *La verdad condicionada*. Caracas: Corporación Editora de Prensa Especializada.

"Constitución Nacional de la República de Venezuela", 1961.

"Constitución Nacional de la República Bolivariana de Venezuela", 2000.

Corbetta, P. (2003). *Metodología y técnicas de investigación social.* Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España.

España, L. et. all. (2009) *Detrás de la pobreza. Diez años después*. Caracas: Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello.

Hernández, R. Fernández, C. y Baptista, P. (2006). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.

Herrera, E. (1991). *La magia de la crónica*. (2°. Ed.). Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.

Hurtado, J. (2000). *Metodología de la investigación holística.* Caracas: Fundación Sypal.

Meza, B. (2011). El taller de arquitectura del banco obrero (TABO). Políticas, urbanismo y arquitectura en la década de los cincuenta. En Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central de Venezuela (Ed.), *80 años de políticas de vivienda en Venezuela* (pp.34-42). Caracas, Venezuela: FAU UCV.

Pardinas, F. (2005). Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales. México: Siglo XXI editores.

Pérez, G. (1994). *Investigación cualitativa. Retos e interrogantes*. Tomo I: Métodos. Madrid: La Muralla.

Quintana, Lander. (2011). Políticas y soluciones habitacionales en Venezuela en las décadas de los setenta y ochenta. En Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central de Venezuela (Ed.), *80 años de políticas de vivienda en Venezuela* (pp. 61-67). Caracas, Venezuela: FAU UCV.

Rosas, Iris. (2011).La relación barrio-ciudad: La tecnología. En Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central de Venezuela (Ed.), *80 años de políticasde vivienda en Venezuela* (pp. 96-104). Caracas, Venezuela: FAU UCV.

Ulibarri, E. (2004). *Idea y vida del reportaje*. México: Editorial Trillas.

Sesto, F. (2011). Vivienda y hábitat en la V República. En Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central de Venezuela (Ed.), *80 años de políticas de vivienda en Venezuela* (pp. 79-85). Caracas, Venezuela: FAU UCV.

Vallmitjana, M. (2011). Los concursos de diseño urbano y estrategia proyectual para la habilitación física de los barrios. Seis testimonios para una memoria sobre un programa truncado. En Facultad de Arquitectura y Urbanismo

(FAU) de la Universidad Central de Venezuela (Ed.), *80 años de políticas de vivienda en Venezuela* (pp. 105-122). Caracas, Venezuela: FAU UCV.

Velázquez, J. (2011). Reingeniería habitacional. En Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central de Venezuela (Ed.), *80 años de políticas de vivienda en Venezuela* (pp. 68-78). Caracas, Venezuela: FAU UCV.

Vieytes, R. (2004). *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad*. Epistemología y técnicas. Buenos Aires, Argentina: De las Ciencias.

Informes

Venezuela, Alcaldía de Área Metropolitana de Caracas (2010). Informe técnico del Área Metropolitana de Caracas. Análisis de situación de la población. Caracas: Freites, A.

Fuentes electrónicas

Cilento, A. (2008). Penuria habitacional y vulnerabilidad urbana. Una revisión necesaria. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello. Recuperado el 15 de marzo de 2011 desde:

http://biblioteca2.ucab.edu.ve/iies/bases/iies/texto/CILENTO_AL_2008.PDF

Cilento, A. (2008). Políticas de alojamiento en Venezuela: aciertos, errores y propuestas. Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción. Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela. Recuperado el 15 de abril de 2011 desde: http://www2.scielo.org.ve/pdf/tyc/v24n2/art04.pdf

ERP. (2010). "Más de 100 mil personas se han visto afectadas por las lluvias". El Nacional. Recuperado el 10 de junio de 2011 desde: http://www.el-nacional.com/www/site/p_contenido.php?q=nodo/170090/Naci%C3%B3n/M%C3%A1s-de-100-mil-personas-se-han-visto-afectadas-por-las-lluvias

Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello. *Manual trabajo especial de grado*. Recuperado el 15 de junio de 2010 desde: http://www.ucab.edu.ve/teg.html

García, C. (2011). "Gobierno adeuda 21.923 viviendas en Caracas". El Nacional. Recuperado el 6 de septiembre de 2011 desde: http://el-nacional.com/www/site/p_contenido.php?q=nodo/230436/Ciudad/Gobierno-adeuda-21.923-viviendas-en-Caracas

Paullier, J. (2011, marzo). “Gran Misión Vivienda Venezuela”, ¿pero cómo? BBC Mundo. Recuperado el 1de abril de 2011 desde: http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/03/110330_venezuela_mision_vivienda_construccion_jp.shtml

Uzcátegui, R. (2008). Situación Actual y Desafíos del Derecho a la Vivienda en Venezuela. Serie Diálogo Político del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales. Recuperado el 13 de marzo de 2011 desde: http://library.fes.de/pdf-files/bueros/caracas/05571.pdf